



Relatopia

índice

Presentación.....	3
Estimado Señor Montgomery por L. G. Morgan.....	4
La aventura de Benita por María José S. Ulloa.....	6
El elixir de la eterna juventud por Ana Gefaell.....	9
En el andén por Maribel Sebastián.....	11
La Jesy por Fuencisla López.....	13
La niebla por M ^a Antonia Saorí.....	15
El unicornio blanco por José Mampel.....	17
Las palabras por David Mora.....	19
El peligro de los hobbies por María Luisa López.....	20
Encuentros en la red por Charo Martínez.....	22
Unos zapatos marrones por Sagrario Merino.....	25
Pijas por María Luisa de León.....	28
Crítica a ‘Otro caso irresoluto’ de John Cardin por Josém Balboa.....	31
Paco Le Cult por Roberto González.....	32
La abuela del Pelanas por Enrique Romero.....	35
¡Ay mi Juana! por Carmen Martí.....	38
Entremés en 3 actos por L. G. Morgan.....	39
Las hermanas Calatrava por María José S. Ulloa.....	42
La nota por Ana Gefaell.....	45
Una mendiga de tantas por Maribel Sebastián.....	47
El ascensor por Fuencisla López.....	49
Carta a Teresa por M ^a Antonia Saorí.....	51
Campanas de boda por José Mampel.....	53
Juan Miguel Mirabal por David Mora.....	55
La fama por María Luisa López.....	57
Un piso en alquiler por Charo Martínez.....	59
Elisa por Sagrario Merino.....	62
Algo diferente por María Luisa de León.....	63
Cicatrices por Josém Balboa.....	66
Dos en uno por Roberto González.....	68
El Argicolopélico por Enrique Romero.....	71
Que muero porque no muero por Carmen Martí.....	73

Todos los cuentos y relatos son propiedad exclusiva de cada autor

Presentación

En ediciones anteriores os explicamos qué es el Club de escritores de la Biblioteca Rafael Alberti y quienes lo formábamos. Os hablábamos de un mosaico de gentes del barrio que acumulan experiencias, sensaciones, pálpitos y luego las vuelcan en palabras, como necesidad y deleite personales.

Pero esto no sería suficiente si luego quedaran en la trastienda de cada uno de nosotros, sin ver la luz y sin poder compartirlas. De ahí la idea de dejar plasmados nuestros relatos en algo tan perecedero y, al mismo tiempo, tan eterno como es una publicación, por muy modesta que sea.

Seguir adelante, esa era la consigna, y hemos llegado al tercer número de RELATOPIA.

Os encontraréis relatos de todo tipo, como es de esperar en cualquier grupo de personas en el que cada uno reúne características muy diferentes. Ahí está el aroma y el sabor, como en cocina. Hay para todos los gustos, desde los tiernos y emotivos como la tarta de manzana de la abuela, hasta los salvajemente precocinados, pasando por los salpicados con el toque picante del humor o los que nos dejan en el paladar el regusto de tiempos pasados.

El pudor no es nuestra mejor virtud y por eso esperamos que disfrutéis con nuestras pequeñas perlas, cultivadas, eso sí.

Club de escritores de relato breve de la Biblioteca Rafael Alberti

Estimado Señor Montgomery

L. G. Morgan

Estimado señor Montgomery:

Nunca me atrevería a molestarle y abusar de su tiempo como estoy haciendo ahora, de no ser por la gravedad del asunto que traigo entre manos. Ya me hago cargo de la cantidad de cartas de lectores que recibirá a lo largo del día, gente que admira sus novelas, su buen hacer como escritor, el suspense que les pone... Pero el motivo de mi misiva es bien distinto. Y no es que yo no aprecie su talento, no, por Dios. Para mí no cabe duda de que tiene usted un auténtico don literario, que va incluso más allá de lo que admite la crítica, a pesar de que le mima, o las ventas, de las que según me consta puede sentirse orgulloso. Lo que yo quiero aquí, sin embargo, es hablarle de un personaje, un hijo de su pluma podríamos decir; el detective Perry Wilson, del que estoy absoluta y profundamente enamorada desde hace años. Y decirle de paso, mi buen señor, que ha arruinado usted mi vida por completo. Que ya sé que no era esa su intención. No crea que le guardo ningún rencor ni pido venganza ni nada parecido. Pero eso no impide, me temo, que tenga que hacerle responsable, a usted y solo a usted, de mi desdicha. Yo soy una señora mayor, que no vieja, y podría vivir feliz según presumo, de no haber sido por causa de usted y su obrar negligente.

He visto transcurrir casi toda mi vida en compañía de Perry (me permitirá que le llame por su nombre de pila solamente), hemos crecido juntos, hemos reído y sufrido y soñado los mismos sueños. Desde aquellos primeros años mozos de Asesinato bajo el sol de Grecia, donde le conocí. Cuando empezaba a despuntar su talento y se lanzaba por primera vez a la carrera de detective que tantos éxitos habría de reportarle. Viajé con él en aquellos trenes destartados, conduje a su lado peligrosamente por las calles abarrotadas de Atenas, y surqué en ferry el Egeo buscando pistas. Después, con Nunca es tarde para la verdad, creció nuestra intimidad y supe que estábamos hechos el uno para el otro. Para mí no habría nadie más, lo comprendí enseguida, ningún hombre tan sagaz, tan enérgico. Luego vendrían El Espejo, París la nuit, Amanecer en Estambul y El Coleccionista de Berlín. Y nuestra dicha juntos no haría sino crecer. Cada caso y cada investigación, el trabajo hasta altas horas de la noche, las privaciones, las horas fructíferas de deducción... todo nos acercaba inexorablemente. Y luego tantas y tantas novelas que compartir, más románticas unas, más intrigantes las otras, pero todas importantes.

Pero no vaya a pensar que estoy loca, yo distingo perfectamente la realidad de la ficción y sé que un personaje literario, por verdadero que a mí me pueda parecer, es solo un invento de la imaginación de alguien. Sé también que es su trabajo, lo que le gusta hacer y por lo que le pagan. Pero señor mío, y ahí comienza su responsabilidad, nadie le mandaba hacerlo tan bien. Que creara un hombre tan encantador, misterioso y atractivo que cualquier mujer tuviera por fuerza que enamorarse perdidamente. Dotándole de cualidades que ninguno de carne y hueso podría tener y animándole con un don de palabra aún mucho más escaso. Dándole siempre la expresión justa. Haciéndole decir la clase de cosas que a las mujeres nos

gusta oír. ¡Y cómo escucha! Solo hay que leer lo que piensa para saber que no es fingido, que no está pensando en cómo acabará la liga o qué día toca la próxima revisión del coche, cuando su fiel secretaria, o su hermana, o la clienta de turno, le cuentan lo solas que están, sus cuitas y sus desvelos. Comprenderá ahora la gravedad de lo que ha hecho, creando este sueño, esta quimera, este hombre imposible. Se hará cargo de que después de conocerle no haya existido otro para mí. Ninguno que tuviese siquiera una pizca de su clase, su hombría y su valor. Cómo podría contemplar nadie la posibilidad de cualquier otra relación. Y eso que hubo un momento, con La divina pasajera, en que creí llegado el final del idilio. Sí, por un momento alcancé a pensar que era el fin de lo nuestro y que aquel galés, de elegante atuendo, que ejercía esa tiranía amorosa sobre mí sin esfuerzo, se alejaría de mi vida para siempre. Su primera infidelidad sería tuvo ese efecto. Pero fue una duda efímera, de nuevo por culpa suya, pues al final de la novela él decidió que no podía atarse a ella, se lo impedía algo vital: otra mujer. Y, claro, yo le perdoné.

Y con Luces sobre Manhattan recuperamos lo perdido, juntos y cómplices de nuevo, esperando el siguiente libro, la siguiente aventura, el próximo viaje, como quien espera cada año las vacaciones de verano.

Y con esto llegamos, señor Montgomery, al verdadero meollo de la cuestión que le expongo. Le he contado todo esto para que usted comprenda, para que asuma con simpatía lo legítimo de la petición que me propongo hacerle, y me dé la satisfacción que creo está en su mano y que me he ganado a fuerza de fidelidad y entrega: lo que yo quiero, señor Montgomery, es que le mate. Quiero que asesine a Perry, que le dé una muerte honrosa y en cumplimiento del deber, para que yo pueda sentirme una viuda normal. Porque no concibo otra forma de ser libre. Yo no puedo dejarle, enténdalo usted, lo he probado todo pero siempre vuelvo a su lado. Y he pensado que quedándome viuda, aunque pueda parecer sin duda una gran desgracia, alcanzaré por fin la libertad que anhelo y podré irme, como una jubilada más, de excursión con las amigas a Benidorm, a los bailes del club, a los cursos de arte de los que me mandan folletos y, quién sabe, tal vez conocer a un hombre agradable que, aunque nunca llegue a alcanzar la valía de mi difunto y literario esposo, me haga más agradable y acompañada esta parte de la vida que me queda.

No quiero molestarle más. Esperando una comprensiva respuesta por su parte me despido.

Suya afectísimamente:

Anais Núñez Miranda

La aventura de Benita

María José S. Ulloa

Mira Benita, me parece muy bien que quieras tener una aventura antes de diñarla, pero en lo que no estoy de acuerdo es en que te vayas sola, pues hay muchos peligros por ahí para una mujer de tu edad y te sentirías indefensa. No te preocupes Felisa, (responde Benita) yo siempre me he sabido defender, así que no insistas, está decidido, me voy a Santander a ver el mar y punto.

Así es que dicho y hecho Benita se despidió de su amiga, asegurándola que la llamaría por teléfono una vez que estuviera instalada en el Hotel y con una maleta enorme y vieja emprendió con ilusión su aventura.

En la estación se encontró muy agobiada, ya que era la primera vez que salía de su pueblo y para ella todo resultaba dificultoso, así que después de marear a todo el servicio ferroviario con sus preguntas, por fin consiguió subir al tren que estaba a punto de ponerse en marcha; El revisor, le dijo que buscara el compartimiento n° 6, que es el que le correspondía, pero la anciana que tenía mal la vista lo confundió con el 9 y al no poder abrir la puerta comenzó a aporrearla insistentemente. Un hombre con una pinta tétrica alucinante, apareció tras de ella y antes de que le diera tiempo a preguntar lo que quería, Benita fue empujada hacia dentro de dicho compartimiento por un pasajero que estaba detrás de ella harto de esperar a que se moviera y con tal fuerza lo hizo, que el impulso la precipitó al fondo del mismo con maleta incluida. El viajero del nueve desconcertado, con la misma violencia, la empujó de nuevo hacia el pasillo y cerró la puerta de golpe.

Por fin Benita, dio con el n° 6 y un poco acongojada por esta primera mala experiencia, decidió ir al vagón restaurante a tomarse una tila para calmar sus nervios, pero su cabeza no dejaba de pensar en el compartimiento número nueve, pues juraría que en la litera de abajo del mismo había visto a una mujer muy pálida, con ojos desencajados y excesivamente quieta. Sin embargo como todo había sucedido tan rápido, no estaba segura de si sería una alucinación, ya que a sus 82 años todo podía pasar. El revisor le pidió el billete y le dijo que podría dormir tranquila toda la noche, que él mismo la despertaría cuando llegaran a Santander.

Así que la anciana más animada se acercó al bar. y pidió la tila y una magdalena, pero se puso pálida cuando vio sentado en la misma barra al tipo del número 9 que la había echado a empujones y sin saber qué decir le saludó, buenas noches, ¿Se encuentra mejor su mujer?, la pobrecilla, parecía tan pálida. El hombre, claramente contrariado, tragó saliva y le contestó: Sí, sí, solo estaba un poco mareada, pero ya está bien, gracias por preguntar, aunque se dio cuenta enseguida del nerviosismo de Benita y decidió solucionar inmediatamente el problema. Por favor señora, siéntese Vd. le dijo, yo mismo le llevaré la tila a la mesa y cuando nadie le miraba, echó una pastillita en la taza y se la sirvió, mas Benita que estaba prevenida, se levantó de pronto, pretextando que se encontraba indispuesta y corrió hacia su compartimiento y se encerró por dentro. El hombre decidió esperar mejor ocasión.

La pobre anciana comprendió enseguida el peligro que corría y es que sin duda había visto a una muerta y a su asesino en el compartimiento n° 9 y comenzó a tomar precauciones; El revisor ya había pasado y para colmo tenía unas ganas enormes de hacer pis, pero tal vez él la estuviera esperando en la puerta del servicio, así que aprovechó que un pasajero se dirigía hacia allí y se pegó a él como una lapa y tal como ella se temía, el asesino estaba acechándola en la entrada, así que astutamente simuló que se caía y se echó con gran impulso sobre el pasajero en cuestión, el cual cayó de bruces contra el suelo, arrastrando a su paso al asesino, que por los pelos pudo cogerse al picaporte de la puerta del vagón y que previamente él mismo había manipulado para que ésta se abriera cuando pasara la anciana por allí y empujarla al vacío, más le salió el tiro por la culata y agarrado repito a la puerta, ésta comenzó a balancearse cuando debajo solo había un precipicio, comenzando a gritar con espanto, “socorro, ayúdeme, socorro; El pasajero consiguió agarrarle por el abrigo y lo introdujo con fuerza de nuevo en el vagón, segundos antes de estrellarse contra el barranco.

Bueno señora, dijo el pasajero extenuado, ya puede Vd. entrar al servicio. Benita, sentada en el suelo, le respondió muy azarada, no, si ya, ¿para qué?, estaba totalmente empapada.

Una vez en su compartimiento y obviamente aterrorizada decidió no abrir la puerta a nadie hasta llegar a Santander; El cansancio pudo con ella y recostada sobre la cama acabó dormida profundamente.

Al amanecer el revisor la llamó con insistencia, “señora, señora, ya estamos llegando a Santander. Benita, todavía conmocionada por los sucesos anteriores, no atinaba a reaccionar, pero el miedo de nuevo la puso en alerta. Abrió la puerta con cuidado y tomó la precaución de poner el maletón delante por si acaso aparecía el energúmeno que la atemorizaba y sin previo aviso, el asesino apareció de repente e intentó entrar con un enorme cuchillo en la mano y con la cara descajada por el odio gritó, ¡maldita vieja entrometida, date por muerta! Pero la enorme maleta le impedía el paso y la anciana, ya prevenida repito, reaccionó con rapidez y cogiendo el bolso de la litera, le asestó un tremendo golpe en la cabeza, que hizo al hombre perder el equilibrio, cayendo hacia atrás y golpeándose nuevamente y por si fuera poco Benita siguió vapuleándole con el bastón, por lo que quedó totalmente k.o.

Luego comenzó a dar gritos, “socorro, auxilio, policía”, hay un asesino en mi puerta y tantos gritos dio, que pronto apareció una multitud de curiosos, incluyendo a la policía que sorprendida y al ver al hombre tan maltrecho, le preguntó a Benita como le había golpeado, la anciana les enseñó el bolso, dentro del cual había una plancha de hierro y poniendo cara de circunstancias, le contestó: lo siento, pero siempre la llevo, pues una es ya mayor y tiene que defenderse. El asesino volvió en sí y mientras se lo llevaban, lanzó toda clase de maldiciones a Benita y terminó gritando histérico, odio a esa vieja, la odio.

El asunto trascendió y los periódicos pronto se hicieron eco de la noticia “una anciana de 82 años había reducido a un asesino en serie muy peligroso, así que pronto se hizo famosa en la Comarca, con lo cual no le costó hacer amigos.

Instalada en el hotel desde hacía días, con una vista del mar espectacular, se sentía dichosa, feliz y al fin se acordó de su amiga Felisa, de la que, con tantos acontecimientos inesperados, se había olvidado de llamar por teléfono. Hola Felisa, soy yo, Benita, (se oye un



grito del otro lado del teléfono) ¿Qué, tú? ¡Estaba tan preocupada!, ¿Qué te ha ocurrido? Tienes a todo el pueblo revolucionado con tu búsqueda, ¡ya se te daba por desaparecida! Bueno y ¿Cuándo piensas volver?, Benita le contesta, pero ¿Qué dices, volver? ¡Ni lo sueñes!, aquí voy a quedarme hasta que pueda y me gaste hasta la última peseta. Un beso muy fuerte (cuelga el teléfono y para sí) ¡Que te diviertas paleta!

El elixir de la eterna juventud

Ana Gefaell

Don Ramón es un anciano del centro de mayores al que yo acudo. Sufre lo que hoy se denomina demencia senil. Bueno, esa es la brillante excusa que acordó poner la asistente social en su solicitud, para facilitar su ingreso. La asistente social del centro de mayores es amiga de Ramón desde hace muchos años y yo, que me voy fijando en todo, aunque ya por la edad me falle la vista, la he sorprendido en varias ocasiones haciendo la vista gorda y echándole guiñitos a Ramón.

Ramón es descarado y atrevido, hace lo que quiere cuando quiere, y siempre se la cuela a las auxiliares porque tiene, no sé si lo he dicho...demencia senil.

-Busque las piezas del puzzle- le dice el auxiliar fortachón y Ramón como si nada, delante de la mesa repleta de fichas.

-Baje la tapa del water antes de tirar de la cadena don Ramón.- le advierte por enésima vez la auxiliar. Y él contesta un ¡qué!, con cara de disperso que enloquece al más pintado.

Y otra vez no baja la tapa. Como todos o como ninguno. Porque aquí a nadie hace mucho caso, por lo de la demencia senil. Ya sabe.

En este centro pasamos el día muchos ancianos pero Ramón es un caso único. Y eso que Ramón lleva medicándose desde hace mucho tiempo. Cosa del riego.

Dicen que su corazón no está bien y siempre a la hora de la comida le dan sus medicinas. Como a los demás. La diferencia es que, a Ramón parece que le sientan bien, porque va mejorando día a día.

En fin, yo le observo y él, a veces, y me mira con descaro. Cuando yo le conocí andaba encorvado y arrastrando ligeramente el pie derecho. Apoyaba su mano derecha sobre los riñones, queriendo propinarse ligeros impulsos con la mano. Debe ser que así se hacía a la idea de que avanzaba con mayor agilidad. Su pelo cano se limitaba a ambas partes laterales de su gran cabeza y no abundaba en demasía. Y hablar, hablaba poco, casi como ahora.

Es verdad que todos nosotros, por la dichosa vejez, estamos bastante limitados, pero yo veo, bueno ver ya veo poco, pero me da la espina, que Ramón tiene algo escondido en la manga.

¡Yo estoy investigando!

Cada día que pasa camina mejor, escucha más y se le ve mas enterado de los temas de actualidad, cuando lo lógico sería que fuera perdiendo gradualmente sus facultades como el resto.

¡Yo estoy investigando!

El viernes pasado dejé intencionadamente el periódico, ese que normalmente reparten en la calle, cerca de la butaca en la que suele sentarse. Ramón siempre lleva gafas, o

al menos desde que yo le conozco. Pues bien, me he estado fijando y se ha levantado las gafas para leer el periódico. Debe ser que de vista también está mejorando.

Pero ya le digo que: ¡Yo estoy investigando!

Hoy me he puesto cerca de él a la hora de la actividad manual. Hemos cortado unos triángulos de colores para hacer un collage.

Al rato de cortar en línea casi recta montones de papelillos de colores, ha venido la asistente social.

-Ramón le esperan en la enfermería, tiene que ponerse su inyección para la ciática,- le ha dicho.- Y le ha guiñado el ojo seguidamente, sin que nadie se percatase. Bueno, nadie no, que yo le he visto.

Ramón ha debido vivir muy intensamente en estos ochenta años, que dice que va a cumplir el año que viene, si llega, añade irónicamente. Pero a medida que avanza el tiempo del reloj para todos los demás, el de Ramón parece haberse parado.

Yo creo que este Ramón nos está engañando a todos y tiene “el elixir de la juventud” escondido en el bote de jarabe. Ya le digo que estoy investigando.

¡¡Ve!! Ya viene andadito como si nada. Cualquiera diría que le han pinchado, con lo que duele. Cada día estoy más convencida de que Ramón toma “el elixir de la eterna juventud”. Hoy me tomo yo su jarabe, mira por donde, se lo voy a cambiar por el mío, que estoy cansada de “el jodío laxante”.

A la hora de la comida me hago la simpática y me he conseguido sentar a su lado. Primero nos reparten las medicaciones. A los que estamos mejor nos colocan los vasitos delante. Es el momento:

-¿Ha visto que patada le ha metido ese chico al balón?- le digo para despistar su mirada mientras cambio los vasitos.

-¿¿Qué chico??- pregunta

-Aquél el de la camiseta de rayas.- le digo señalando al televisor.

¡¡Y pa` dentro, “el elixir de la juventud”!!

Ramón me mira, parece que se ha dado cuenta porque abre los ojos en demasía. Mi corazón se agita como en mis años jóvenes, parece que esto está haciendo mucho efecto porque apenas he tenido “el elixir” un momento en la boca y ya me está galopando el corazón aceleradamente.

Ramón ha llamado a la enfermera que me dice palabras que no consigo entender. Parece que me voy a desvanecer.

Debe ser que aún no se me ha pasado, la demencia senil.

En el andén

Maribel Sebastián

Llegué sin aliento al vestíbulo. Se escuchaban voces confusas en lo alto, como si las palabras no fuesen más que sonidos deshilachados e intermitentes. Ese escándalo de gallinero evidenció que los altavoces estaban estropeados. Nerviosa, subí por las escaleras hasta el andén exterior. Un tren partía. Se deslizó como una estrella fugaz, como un soplido. Mi mirada lo siguió durante unos segundos y el andén quedó en silencio. Me senté en uno de los bancos de piedra tratando de frenar los latidos del corazón. Comparé el horario de mi reloj nuevo con el que marcaba el de la estación. “¿Se habrá atrasado tanto desde la tienda hasta aquí? El relojero me lo ha puesto en punto, pero lo cierto es que tiene las siete y media. He llegado bien de milagro”

Abrí el bolso de mano. Sólo contenía calderilla, la polvera de plata y un pañuelo con la M de Marisa. La tenue luz del día iba dando paso a la iluminación de los dispersos apliques de pared sobre los asientos del andén. Más tranquila, me limpié el sudor de las ojeras y la frente: “¿le gustará a Pablo mi nueva imagen? Creo que las mechas y el pelo más corto me favorecen. Ya veremos.

Me dediqué a observar a los viajeros que aguardaban, como yo, el siguiente tren. Algunos paseaban, otros leían quietos por distraer el tiempo. Un muchacho extraño se acercó a mí: -Señorita, ¿hace mucho que pasó el tren?

Sus cejas gruesas y el pelo que sobresalía por las orejas de soplillo se movían acompasadamente mientras hablaba.

-No. -le contesté sin más. No tenía ganas de conversaciones forzadas con desconocidos. Ya no le volvía a ver. Estaba tan impaciente por la llegada de mi novio...

La continuidad sin cortes de los raíles me recordó a nuestra relación de hacía un año, semejante a los trenes, en cierto modo, novelesca, misteriosa.

Comenzó a sonar el concierto para violín y orquesta de Tchaikovski, a la vez que una lluvia de últimos de marzo pareció despejar mis pensamientos.

Estaba deseando que llegara Pablo. Después de sus mensajes por Internet durante once meses, ansiaba al fin conocerlo, darle un abrazo y, quién sabe, tal vez algo más. A través de los mails conocía mucho sobre él, y él casi todo de mí. Sabía su estatura, su perfil, los cabellos con rizos castaños, su pinta juvenil, su elocuencia, sentido del humor. Yo aseguraba que no conociéndole en persona, físicamente, le localizaría sin dudar en cualquier reunión de ejecutivos jóvenes, o en cualquier maratón de deportistas. Cogí el pañuelo y con la polvera abierta, estampé círculos a golpecitos por las mejillas, transformando mi tez pálida en un rosa pastel que resaltaba mis ojos infantiles de preguntas sin respuesta. Con veinticinco años era discreta, atractiva, pero quizás, un poco seca en mis diálogos. Tal vez por mi carácter, opté por comunicarme a través de mensajes, probablemente, por mantener oculto secretos que todos encerramos en nuestro lado oscuro. Cerré la polvera mientras me preguntaba: “¿me

habrá seguido alguien? Ojalá llegue enseguida Pablo. He mentido en el trabajo por venir a buscarle”.

La espera se hacía larga, y el silbido del aire en aquel andén, distorsionaba las notas del magistral concierto de violín. Varias personas se refugiaron en la entrada. Compré unas gafas de sol a un vendedor ambulante para salir del paso. No quería que Pablo me viese con el rímel de las pestañas extendido sobre las ojeras, por culpa del viento. Los cristales oscuros me permitían curiosear a los posibles viajeros sin llamar la atención.

De súbito, la sombra de alguien se me acercaba por detrás: “No puede ser Pablo, - deduje-, no he visto ningún tren”. Efectivamente, un individuo quería saber cuál era la salida más próxima al metro, o bien, autobuses que llevaran al Centro.

En ese mismo segundo, un tren se precipitaba de improviso, casi encima del andén. Había gente distraída. Miré con curiosidad al último vagón del que descendían varias señoras con equipaje ligero de fin de semana; dos hombres, uno, con pinta informal, pero... “No, no, tampoco es él, demasiado feo”. Conocíamos bastantes detalles de nuestro físico. No quisimos intercambiar fotografías previas para mantener viva la emoción de estos momentos... observarnos... intuirnos...

De otro vagón bajaron criadas y niños, alborotando con sus risas; varios vagones sin gente, y un tercero del que bajó una pandilla de adolescentes con sus mochilas y ropa de campo. Por último vi a una señora de unos treinta y pocos años elegante, tacones de aguja, cabello corto moreno, abrigo de capa beige, con cierto glamour de estrella de cine y un maletín de piel de cocodrilo. Miró con insistencia a todos los extremos del andén, incluso por la salida del vestíbulo. A pesar de sus aires de superioridad, que daba la impresión de flotar por encima de la gente de a pié, a mí me cayó bien, me pareció muy especial.

Consulté la hora y, contrariada, me alejé casi con las mismas prisas con que había llegado. Me disponía a entrar en la primera estación de metro, cuando la musiquilla del móvil destacó entre el ruido de los coches y la bulla de los viandantes. Era un número desconocido. Me acababan de poner un mensaje. Lo leí: “Te he localizado en el andén. No me habías dicho nada de las mechas, pero seguro que eras tú. Aunque no lo creas, te quiero y te respeto más que nunca. Por eso mismo, he preferido abandonar lo nuestro, mantenerme al margen para siempre. A última hora me he echado para atrás. Te he mentado Marisa. No sería la “pareja ideal”. Sólo soy una pobre mujer de rica apariencia. Perdóname y olvídate del correo electrónico pablo@yahoo.es.

El parque está desierto, es de noche aunque no es muy tarde. Hace frío. En la zona de los columpios hay dos chicas. Hablan sin parar.

Lleva la voz cantante Jesy. Va vestida totalmente de negro. Como calzado unas botas militares hasta media pierna atadas con cordones. El maquillaje negro también: labios, ojos, uñas.

-No veas que “subidón”, tía, estábamos toa “la peña” en la plaza y de repente yo era la princesa auténtica de un cuento de hadas. Todas me hacíais la “pelota” “tía”, porque yo era la “más” en todo: vestidos, dinero, poder. Pero a la vez era “una tía mu enrollá” ¿sabes tronca? Que os trataba con sencillez y sin darme “humos”. Además el Charly estaba que se derretía por mí, ponía una cara de avestruz que era de risa “tía.” Era todo “alucinante”. Pero sin saber porqué en lo mejor me desperté y volví a la realidad. De verdad: que “chungo”. Bueno “me abro” que no estoy de humor.

Al llegar a su casa, su madre le dice que han traído un ramo de flores para ella.

¿De verdad vieja, para mí? que alucine y trae una tarjetita y “tó” como en las pelis. Cando se lo cuente a la Vane va a “fliplar”. ¿A ver?: Señorita Jesy prepárese que la limusina del Sr. Márquez pasará a recogerla a las ocho de la tarde, no es necesario que lleve nada. En el hotel estarán los mejores modistos para que usted se pruebe ropa y zapatos. Así podrá iniciar su nueva vida correctamente vestida.

-¡Ay madre, que resulta que va a ser verdá lo del sueño, yo es que flipo en colorines!

Jesy baila por la pequeña habitación, humildemente amueblada, y con un tapiz encima del sofá de skay que representa una escena de caza. La madre la mira moviendo la cabeza.

-Anda loca que ties más imaginación que el Verne ese de las pelis-.

Suena el timbre, Jesy corre a abrir la puerta, y se encuentra con un hombre vestido de chofer con la gorra en la mano.

-Cuando usted quiera señorita, la limusina está a su disposición-.

Saltando de contento, da un abrazo a su madre que la mira estupefacta. Baja al portal, sale a la calle y de pronto oye unas risas crueles y las voces de sus amigos gritando.

-¡Inocente Inocente!

-¡Tronca, que estamos a 28 de diciembre, es que eres más peliculera! ¿A que el Remi está “mu lograo” de chofer? Es un primo de la Pepi que ha venido a pasar las navidades con ellos.

Jesy los mira con cara de satisfacción y dice:

Anda Charly saca los “minis” y vamos a “librar” un poco “tíos”. A ver quien es más inocente de todos. No me deís la brasa ¡Pasmaos que sois unos pasmaos!, ¿sabéis tíos?: yo ya

conocía al Remy y los dos estábamos “conchabaos”. “Tíos” pero que memos que sois, os va a tocar pagar el convite por lelos y por inocentes.

Ríe estrepitosamente, y cruza la calle. Todos entran en la bodega donde está preparada la ronda. Unos más contentos que otros, claro.

La niebla

M^a Antonia Saorí

Esa noche la luna iluminaba la ciudad. El calor era sofocante, y yo, rendido ya a la evidencia de que, al menos por ahora, el sueño no llegaría, me asomé a la ventana intentando apoderarme de cualquier bocanada de aire que girase la esquina.

El ruido del continuo fluir de coches se mezclaba con el murmullo de voces que subían desde las terrazas de la zona, convirtiéndose en un zumbido con escasas variaciones.

La calle bajaba hacia la playa, y un poco más allá, se adivinaba la presencia del mar en ese fondo negro oscuro que se unía al cielo estrellado en algún punto incierto. A lo lejos, solo la luz del faro marcaba con su intermitencia el paso del tiempo.

El primer signo de cambio fue el movimiento violento de la cortina en la terraza. Empujada por una fuerte ráfaga de viento había golpeado la maceta del aloe. Acudí a recogerla. Había tal resplandor que podía ver sin ningún problema los trozos de barro e incluso los granos de arena que se habían esparcido por el suelo. El viento se paró.

Terminada mi tarea me acomodé en la tumbona y cerré los ojos intentado conjurar el ansiado descanso. Fue entonces cuando comencé a sentir una brisa fría, primero por los pies, después por las rodillas, subía poco a poco reptando por mi piel. Me quedé quieto, con la esperanza de que recorriera todo mi cuerpo. Pero algo la paró antes de llegar a la cintura. Intenté concentrarme para que continuara su avance, y cuanto más me esforzaba yo, más se replegaba ella, hasta rozarme solo los tobillos.

Abrí los ojos, una espesa niebla me impedía ver el final de mis dedos. Me levanté y penetré en ella buscando su frescor. La sensación de ingravidez me hizo sentir como cayendo en el vacío. Intenté dar un paso atrás para salir y entonces me di cuenta de que no sabía dónde estaba mi espalda. Comencé a mover los brazos, o al menos eso creo, buscando algo donde apoyarme. Tropecé con la silla, y con dificultad me recosté sobre ella nuevamente.

Inspiré aire con fuerza, reteniéndolo en los pulmones mientras intentaba organizar mis sentidos. Notaba cómo una fila de hormigas caminaba sobre mí, sin saber bien si lo hacía por la pierna o por la mano, porque en ese momento todas mis sensaciones se habían convertido en un rompecabezas desordenado, sin que yo fuera capaz de encontrar el lugar de cada pieza.

Descubrí unos ojos de color verde brillante que me observaban desde donde debería estar mi brazo izquierdo. Se acercaron a los míos. Detrás, pude distinguir las orejas, y por fin la silueta de un gato gris con rayas negras que caminaba por el territorio de mi cuerpo como si fuera de su propiedad.

No recuerdo si no quería o no podía moverme, pero me mantuve quieto. El aliento del felino rozaba mi cuello, y una lengua áspera y tibia me acariciaba la mejilla. Mis contornos empezaron a desaparecer, me diluía en la niebla. A medida que él me lamía yo me hacía más tenue. Un intenso olor a humedad lo invadió todo como cuando se abre la puerta de una

bodega cerrada durante años. La niebla se había disipado y en su lugar solo quedaba oscuridad. Miré con inquietud hacia los lados pero no encontré más que una superficie negra completamente lisa. Su tacto era suave y frío como de nácar. El gato comenzó a saltar de un lado a otro, apareciendo y desapareciendo en cada uno de sus bríncos, atravesaba así las paredes como si éstas no existieran.

Aunque sabía que esto no era un sueño luché por despertar. Una luz empezó a parpadear a lo lejos, me dirigí hacia ella en una carrera ciega sin encontrar resistencia a mi paso hasta que tropecé con algo y caí al suelo. La arena de la playa se clavó en mis rodillas. Oía el rumor del mar, tumbado observé las estrellas, la luna había desaparecido, me tranquilizó reconocer los destellos del faro. Poco después comencé el regreso a casa todavía algo confundido.

Fue al entrar cuando, por primera vez, presté atención a la pequeña figura de plástico que sujetaba la puerta del salón, era uno de esos muñecos que se utilizan para evitar los portazos que causan las corrientes. Representaba un gato de ojos verdes con mirada burlona. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando lo cogí en mis manos y sin más lo guardé en el baúl cerrando éste con la llave inmediatamente.

Desde entonces no lo he vuelto abrir, a pesar de que cada noche, cuando oigo sus maullidos, y siento cómo sus garras arañan la madera, pienso que al despertar lo llevaré al acantilado y desde allí lo lanzaré al mar. Pero con la luz del día, me parece todo un sueño, y me olvido, hasta que llega de nuevo la oscuridad y, como ahora, vuelvo a escuchar su llamada. En estos momentos tengo que ser fuerte para no ceder, y liberar lo que ese gato sea, porque, y de esto estoy seguro, se trata de algo que prefiero no entender.

El unicornio blanco

José Mampel

Un día, Víctor, voy a regalarte un unicornio.

-De acuerdo, Rafita. Pero tiene que ser blanco, totalmente blanco.

Víctor y Rafita eran hermanos. Víctor, el mayor, desempeñaba la función de maestro en su pequeña aldea. Rafita era el menor. Tenía 18 años, pero su cerebro correspondía a un niño de 10.

Víctor quería mucho a Rafita. Como educando que era, le preocupaba el estado del hermano. Especialmente el hecho de confundir y sobreponer lo que imaginaba con lo que sucedía en la vida real.

-¿Qué puedo hacer por él?-le preguntó un día a su viejo profesor de Psicología.

-Algo muy importante. Dedícate a poner contrafuertes a una mente que tiene unos cimientos tan movedizos. Pero con comprensión y cariño, con mucho cariño.

Rafa era un ser simpático, siempre sonriente, muy sociable. Les caía bien a sus paisanos. La gente celebraba sus fantasías y le seguía la corriente con afabilidad.

-¿Qué, Rafita, ya has cazado el unicornio?

-No, cuando pase el invierno.

-¿Y tú sabes distinguir un unicornio de una mula?

-Claro. Mi hermano tiene un libro muy gordo, y allí hay un dibujo del unicornio.

-¿Ya tienes pensado qué nombre le pondrás?

No necesitó ni diez segundos para responder:

-Le voy a llamar "Rayo-veloz".

Un día saltó la alarma en la casa. Era la hora de comer y Rafita no aparecía. Jamás había llegado tarde a comer. Víctor empezó a ponerse nervioso. Un primo suyo trató de infundirle ánimos:

-No hay motivo para asustarse. Él no es capaz de fugarse de casa.

-ya lo sé. Pero podría haberse caído a una acequia, ser atropellado por un coche... ¡qué se yo!

-Por favor, primo. No dramáticos. Cálmate hombre. Anda, vamos a tomar una cerveza al Mesón de la Villa.

-Bueno, tal vez tengas razón. – Le dio una palmada en el hombro-. Eso le dijo un paisano a Noé cuando construía el arca.

-¿Qué le dijo?

-No te lo tomes tan a pecho, hombre, que a lo mejor sólo serán cuatro gotas.

Pero el bueno de Rafita no aparecía. Y a media tarde decidieron avisar a las autoridades. Todo el pueblo se ofreció para buscar al pobre Rafita. Se formaron varias

cuadrillas a fin de rastrear cada rincón del pueblo y de sus alrededores. Mas todo fue en vano. A Rafa se lo había tragado la tierra.

La angustia empezó a hacer mella en Víctor. Le acometió un viscoso desasosiego que nadie conseguía calmar. Agitaba las manos y pateaba contra el suelo:

-¿Dónde te has metido, Rafita? ¿Dónde estarás, cabeza loca?

De pronto a Víctor se le iluminó una luz en el cerebro:

-Escuchadme todos. Recuerdo que un día fuimos los dos a recoger almendras a nuestra finca de la Solana, que limita con el bosque de encinas. Y en un momento dado Rafita me dijo:

-Mira, Víctor, allí hay unicornios.

-En efecto, sobre una roca del bosque se veían tres cabras monteses.

Todos reaccionaron como movidos por un resorte. Guiados por Víctor, recorrieron parte del bosque hasta llegar a dicho paraje. Y de pronto, allí, en el fondo de una barranca, descubrieron el cuerpo exánime de Rafita, que se había caído despeñado.

En su cara pudieron ver todos una diáfana sonrisa de felicidad, de beatitud. En la mano sostenía una página, arrancada de un diccionario, en la que aparecía la figura de un unicornio.

Ya en el cementerio, Víctor exclamó con una adelgazada voz hasta el susurro:

-Adiós, Rafael. Aunque tuviera cien vidas, nunca te olvidaré. Sé feliz, hermano. Estoy seguro que encontrarás un unicornio blanco en las apacibles praderas del cielo.

Las palabras

David Mora

Las palabras, de que sirven las palabras, sino puedo decirte lo que siento. Ojala fuera yo otro, en otro país, en otro tiempo. Ojala no te hubiera conocido. Ahora gracias a ti ya se que las nubes y las estrellas al igual que tu amor no son nada, solo tiempo de silencio y nada mas que recuerdos. Como ya dijo el poeta Pablo en otro país, en otro tiempo;

- Cuan corto es el amor y cuan largo el olvido.

Hay..., si tres palabras fueran capaces de llevarme hasta las faldas de tu altar hecho de pan y de miel, y me dejaras entrar dentro de ti mientras tus manos y tu cuerpo hacen del presente una sustancia infinita y sin tiempo. Mucho más allá del espacio dejado por la horda simple y mal entrenada de los sentidos. Entonces, amor, dejaría de ser esa palabra que lentamente se va deshaciendo mientras la digo.

Ojala tuviera junto a mis llaves el secreto de la música silenciosa que tu me cantas. Ojala pudiera yo interpretarla antes de que llegue el día en que me digan que te has ido. Entonces todo habrá acabado. En fin..., aunque sea poco aun me queda el consuelo de saber que me voy a morir muy pronto. Me caso dentro de un mes con una mujer a la que no amo.

No puedo dormir, no puedo comer, no puedo vivir. Mi corazón aúlla en la noche tempestuosa sabiendo que un día fuiste mía, y ahora yo seré de otra.

A pesar de tu mal, de tu veneno, del dolor de ese tiempo anterior al olvido te amo, sé que te amo y por eso, mil veces prefiero la muerte que seguir detrás de ti como una sombra sin alma mientras mi mundo se agita y descompone por entero.

Ojala no tuviera que escribirte esta carta. Ojala todo fuera diferente, tú siendo tu, otra tu, muy igual a ti y muy distinta al mismo tiempo. Ahora ya se que todo eso es imposible, por eso de ti me despido. Al fin dejare mis alas de cera junto al los calendarios del pasado en los que poco a poco fui tachando, contando y maldiciendo los días en que la distancia con el suelo menguaba. Mientras del otro lado la muerte sin decir nada pacientemente me esperaba, sabiendo seguro, que al fin algún día seré suyo aunque no quiera.

El peligro de los hobbies

María Luisa López

Me encontraba en el rastro paseando entre los puestos de los tebeos de aventuras, esos conocidos como comics por los coleccionistas. Desde que era un niño, mi padre me compraba uno cada semana, que yo leía y releía hasta dejarlo gastado de tanto pasar las hojas. Este era mi hobby. Es verdad que hasta hace poco se encontraban en el rastro capítulos antiguos, y no tan antiguos, pero era un buen sitio para encontrar y comprar los llamados comics, tanto de aventura, como el guerrero del antifaz o el capitán trueno, como cualquier otro, y a un precio razonable.

No sé bien si por ponerse de moda ó porque hay una demanda de coleccionista, el caso es que ahora es mucho más difícil conseguirlos y mucho más caro. Es verdad que ahora no existen colecciones de este tipo, tal vez por falta de dibujantes o bien por falta de mentes capaces de inventar historias de héroes divertidos y simpáticos, como lo eran los personajes de estos tebeos, o porque en estos tiempos solo se utiliza el ordenador.

Bueno, el caso es que ya es cosa de colección, pues solo puedes conseguir las historias de estos tebeos en los editados en su momento y consecuentemente antiguos, y esto elevaba su precio, bien por ser mucha la demanda o por el tiempo, que le daba a los papel ajos tinte de antigüedad. Y digo papelajos porque lo cierto es que cuanto más viejo y decrepito esta el capítulo, más dinero vale. La verdad es que mi hobby, tomó tinte de enfermizo.

Retomando mi relato, estaba yo en el rastro buscando el cómic que pudiera permitirme pagar, cuando un grupo de chavales se acercaron a mí ofreciéndome un lote de 5 o 6 comics, con tono de confiabilidad, propio de lo ilícito de la situación, por el precio de uno de los del puesto me ofrecían al menos 5. Mi interés por estos tebeos me llevó a, sin pensarlo mucho, ofrecer casi todo el capital que poseía allí en ese momento, que por otro lado era todo lo que tenía, para conseguir los cómic que eran la ocupación de gran parte de mi vida. Estaba alterándome por momentos ante la posibilidad de conseguir esos preciados tebeos, cuando otro personaje que al parecer tenía también mucho interés por ellos, le ofreció algo mas, y fue entonces cuando me llevé la mano a mi chaqueta y tropecé con un martillo que había comprado unos minutos antes a solicitud de mi pareja, Gloria, y sin pensarlo, me saqué el martillo y me puse a golpear a ese competidor de mis hobbies, esos capítulos ya eran míos. El había llegado después, ya me pertenecían. Así, mientras mi competidor se tapaba en forma de defensa, arranqué al sorprendido vendedor el paquete y le di el dinero, rápidamente me dirigí a la calle que va al antiguo mercado y giré a la derecha para perderme entre la multitud, me volví para ver y no me seguía nadie, me arrimé a un portal para pasar desapercibido y, sin poder contenerme, me dispuse a ver los maravillosos tebeos que tan extrañamente había adquirido. Nervioso y confuso abrí el pequeño montón, y, ah sorpresa, debajo del que aparecía como maravilloso cómic de Roberto Alcázar y Pedrín, solo había papeles de periódicos doblados como tebeos y también antiguos, o más bien muy usados. Sin salir de mi

asombro guardé el paquete en mi bolsillo y me dirigí hacia mi casa. Es verdad que mi hobbie empezaba a dominarme, debía controlarlo.

Encuentros en la red

Charo Martínez

Aquella calurosa tarde de mayo la terraza estaba completamente llena. Andrés esperó a que se desocupase una de las mesas y pidió un whisky. Un rápido vistazo le sirvió para comprobar que con una prenda roja había cuatro mujeres, pero ninguna se acomodaba a la descripción que él buscaba.

Rosa llevaba diez minutos sentada en la única mesa que encontró libre, un poco esquinalada y con no demasiada visibilidad desde las mesas del fondo. Fue una media hora interminable, en la que Andrés pasó revista a todas las secuencias de su relación y, sin saber exactamente por qué, en el último momento se generó en su ánimo una especie de desconfianza hacia todo lo que estaba viviendo.

Había salido de su casa con gran decisión. Sabía que si dudaba no acudiría al encuentro y había llegado demasiado lejos como para echarse atrás. La cita era a las siete de la tarde en una terraza de la Plaza de Santo Domingo, en pleno centro de Madrid y, para que no hubiese duda, imprimió el plano con la localización según el callejero de Internet.

Hacía ya un tiempo que la red formaba parte de su vida. Ahora todo podía cambiar justamente por los benditos contactos. Andrés tenía cincuenta y ocho años, estaba divorciado y sin compromiso. Pertenecía a un club cibernético que, por una cuota mensual, garantizaba contactos formales, pero, de vez en cuando, le gustaba navegar por su cuenta para ver cómo estaba el mercado.

Desde hacía tres meses chateaba con una mujer a la que por fin esa tarde iba a conocer. En un principio fue todo formalismo: cómo te llamas, a qué te dedicas, cuáles son tus gustos... Pero la persona que estaba al otro lado de la red era mucho más incisiva que él. Tenía treinta y dos años, trabajaba en una peluquería, la gustaba mucho salir, conocer gente, bailar... Ella misma se describía como animosa, resuelta y atrevida. Se diría que la iniciativa la llevaba ella, aunque no se sabía muy bien hasta dónde pensaba llegar.

La entrada de Elvira en su vida fue como un huracán. Conforme iba sabiendo más cosas sobre ella, la imaginación de Andrés volaba. Como norma, cuando iniciaba algún contacto, desde el primer intercambio de información, se quitaba diez años de encima pero, en ese caso, ante el ímpetu de esta chica, decidió jugar fuerte y fueron quince. Si ella confesaba treinta y dos, él tenía que pasar por tener cuarenta y tres.

Rosa era tenida por intrépida, incluso, a veces, temeraria, entre los amigos del instituto. Tenía diecisiete años y la gustaba cultivar su imagen gótica. Se movía siempre en grupo pero, ocasionalmente, también hacía incursiones individuales en el mundo de las posibles amistades. Ahora llevaba cuatro meses zambullida en los contactos por Internet y, además, usurpando la personalidad de su hermana Elvira. Se acostumbró pronto a los halagos fáciles, al juego ambiguo y, realmente, llegó a intrigarle ese hombre maduro que la

bombardeaba con mensajes, que le prestaba atención, que nada tenía que ver con los alocados chicos de su pandilla.

Al principio fue un pasatiempo, luego una costumbre, pero, últimamente, se estaba convirtiendo en una obsesión: intercambiaban mensajes hasta cuatro veces al día. Los dos vivían pendientes de la pantalla.

Esa tarde a Rosa se le planteaba el problema de cómo iba a presentarse ante él y lo mejor que se le ocurrió fue seguir manteniendo la imagen que había adoptado al principio. Si, sería su hermana Elvira hasta el final.

Dos horas estuvo Rosa intentando por todos los medios aparentar más edad. Siempre pensando en qué se pondría su hermana para una primera cita, escogió algo atemporal: chaqueta y pantalón vaquero, una camiseta roja, —ésta iba a ser la contraseña— y botas de tacón alto. Con las mechas rosas pintadas de negro, se alisó el pelo, lo recogió en un moño y completó su arreglo con unos pendientes largos. Muchas veces había visto a su hermana hacer lo mismo y a ella le gustaba el resultado: desenfadada, moderna, sin edad precisa... como ella suponía que debía ser el aspecto de Andrés, más o menos. Un último vistazo al espejo: “la suerte está echada, no puedo hacer más. ¡Dios mío, esta camiseta me va a estallar...! A partir de mañana ni un solo dulce. Vamos allá. ¡Ah! el plano de situación...ya se me olvidaba.

A esa misma hora Andrés se estaba preguntando si daría la impresión de un hombre de cuarenta y tres años. Unos días antes se había teñido las canas, había comprado ropa juvenil y había cambiado de gafas, ¡fuera modelos clásicos! Ahora tocaba estar en el mundo de la plena actualidad: camisa polo azul claro, pantalón blanco.... Se echó por los hombros una juvenil cazadora beige, comprobó que llevaba el móvil, la cartera... Quizá fuesen a bailar, la gente joven...ya se sabe... Pensando en esa posibilidad se cambió de zapatos. Buscó las gafas de sol y salió de su casa a las seis y media en punto. Tomó el primer taxi libre. Por fin iba a ver a su Pretty Woman, como gustaba llamarla.

Ahora Andrés observaba cómo una chica instalada en una de las mesas más alejadas miraba atentamente un papel. Instintivamente sacó el plano que tenía guardado en la chaqueta y lo extendió en la mesa para comprobar que las indicaciones eran correctas.

Un viento huracanado anunció repentinamente un cambio de tiempo. Cayeron algunas gotas y, en pocos segundos, comenzó a llover con fuerza. El público desalojó las mesas precipitadamente. En cuestión de minutos la terraza quedó prácticamente vacía.

Andrés se puso las gafas de lejos y, al levantar nuevamente la vista, sus ojos quedaron clavados en aquella adolescente fofa, llena de piercings, con una camiseta roja, que le observaba aleladamente. Un golpe de viento elevó los planos que ambos tenían sobre las mesas y los arrastró en un remolino hasta desaparecer de su vista.

“Pero... no puede ser, pero sí...claro... la camisa polo azul...el pantalón blanco”. Rosa contuvo la risa y pensó: “con este viento hasta el tupé se le va a volar al abuelete... O sea, que él también se estaba tirando el moco... ¡Para que te fies de los maduros interesantes! Esto es como partirse el culo “.

Conscientes de la situación, los dos fingieron adoptar una actitud de dignidad, más teatral que otra cosa, y la mirada que se cruzaron iba cargada de un odio infinito. ¿Engaño?, ¿desengaño?, ¿ambas cosas a la vez?

Andrés acabó su segundo whisky, pagó la cuenta y, despaciosamente, encaminó sus pasos hacia las calles bulliciosas. Necesitaba alejarse cuanto antes de aquel fracaso.

Rosa consultó el reloj y prefirió quedarse sentada unos instantes, hasta que Andrés desapareció de su vista. Sintió alivio cuando volvió la cara hacia arriba y la lluvia se llevó el espeso maquillaje.

Unos zapatos marrones

Sagrario Merino

Ayer por la noche me levanté desvelada tras haberme despertado bruscamente en medio de una pesadilla. Alguien cruel, sin cara definida, una sombra entre otras sombras, me perseguía, incesante, por la calle húmeda en la noche cerrada. Todas las esquinas encerraban en potencia su figura y, aunque era forzoso moverse pasando por alguna, lo intentaba evitar porque me aterrorizaba la idea de encontrarle.

Te puedo decir, Santi, que su cara era feroz y sus manos ansiosas de sangre.

Yo no dejaba de correr, despavorida, de un lado a otro temblando cada vez que una sombra se movía a la luz lánguida de las farolas.

“Venga, María, era un simple sueño, solo un sueño, tranquilízate”, me dijo Santi, y seguimos en silencio hasta que acabamos de comer, momento en que aprovechábamos para conversar sobre nuestra rutina y nos contábamos nuestras cosas, hasta que llegaban a separarnos hasta el día siguiente a la hora de la comida nuevamente.

El día transcurrió como era habitual y así llegamos al jueves.

Ahora, jueves, me despierto atada por los pies y una mano, la izquierda. Santi está en la habitación contigua en las mismas condiciones. Daría todo lo que tengo porque nuestra historia, ésta que estamos viviendo, fuera igual que la pesadilla de la noche anterior, irreal, puro sueño nacido de los temores ocultos de mi mente.

Pero no es así.

Hay días que al despertar no me acuerdo de nada de esto. Entonces, cuando siento la presión de las correas duras en mi piel, la memoria vuelve a funcionar, ellas me sitúan donde estamos.

Estamos a merced de unos locos que se empeñan en obtener un objetivo a costa nuestra, nos mantienen así, día y noche, ya 3 semanas. Mañana acaba el plazo.

Si mañana no les dan lo que ellos quieren, nos liquidan, o al menos eso dicen.

Vidas a cambio de un ideal, no saben que, aunque les den lo que quieren, ellos siempre tienen las de ganar. Y si no se lo dan también. La diferencia entre uno y otro caso somos dos personas.

Mi vida se paró en seco aquel miércoles, cuando me llevaron por esos pasillos a punta de pistola, la respiración apenas con fuerzas, vacilante. Una chica me engañó, con el pretexto de preguntarme dónde se hacían las fotocopias en las oficinas de la delegación de Hacienda, donde Santi y yo trabajamos.

Era más bien bajita, con vaqueros, deportivas y pelo moreno, un físico común. No había nada especial en ella que hiciese sospechar sus intenciones.

Me condujo al sótano, donde tenían ya a mi compañero atado a una columna delgada del mismo.

Hasta allí llegaba el ruido sordo de las voces de los trabajadores y el público que, al mediodía, llenaba todo. Nos explicaron que pretendían utilizarnos como presas, dos simples currantes, a cambio de dinero para comprar armas. Pasó el horario de atención al público y el silencio se adueñó del edificio. No sabría decir qué pesaba más, si ese silencio o el terror atenazante.

Santi me miró como si sus ojos formularan la pregunta sin voz de si lo que ocurría estaba sucediendo de verdad, y como si quisiera que mi respuesta fuese que aquello era una tomadura de pelo.

Yo no podía moverme, de pie, sin que una sola palabra pudiese salir de mi boca.

Luego nos dieron de comer y tras la comida, nos separaron, hasta el día siguiente a la misma hora.

Así ha sido como han ido pasando los días.

Mientras tanto, la primavera no para de hacernos señales. Las pelusas, ingravidas y blancuzcas, de los árboles del exterior se filtran por las rendijas de las ventanas. Los días son más y más largos, y el olor a un determinado tipo de flor inunda, como un regalo de vida entre tanta tristeza, todo el edificio.

Cada día que pasa, mi esperanza de estar fuera disminuye. El único rato diferente es la hora de la comida, cuando coincidimos Santi y yo.

Nuestras teorías sobre cuándo acabaría todo son distintas y seguramente peregrinas. La suya optimista, la mía... la mía no existe.

No puedo pensar en cómo va a acabar, porque me niego a hacerme ilusiones pero algo me dice que mi vida va a continuar después.

Acabó la comida y cada uno fue conducido a su sitio.

A medida que transcurre la tarde, un sueño pesado se va apoderando de mí. De repente, enfrente, a través del cristal esmerilado de la puerta, veo moverse a alguien nuevo, una silueta diferente a las de ellos, lo hace muy despacio.

Unos zapatos marrones aparecen en la entrada y veo por completo un hombre de unos cuarenta años. Mediana estatura, barba de varios días y mirada atenta. Se lleva el dedo índice a la boca pidiéndome silencio y avanza por el cuarto. Se acerca, me dice que no tema, que han conseguido entrar él y cuatro más, sin que los raptos se den cuenta, y que es de suma importancia guardar la calma y estar en silencio.

Anonadada y conteniendo la respiración, sin apenas pestañear, le ayudo a desatarme y le pregunto susurrando si habían ido a buscar a Santi.

Nada más hacer la pregunta, y sin estar libre del todo, un disparo quiebra el silencio de la tarde.

No hay más para mí. Mi corazón se detiene, os lo juro, durante un tiempo inmedible y la sospecha que se dibuja en mi mente me tortura.

No puede ser, me digo.

Miro al hombre, que me insta a seguir callada y se va corriendo hacia la puerta, luego mira hacia fuera y sale deprisa.

Noto que va en la dirección del cuarto donde está Santi.

Por los ruidos, deduzco que debe tener lugar un enfrentamiento, sin que puedan llegar claramente las palabras a mis oídos.

Un golpe seco en el suelo, otro disparo. Voces gritando:

"Tros al coche, venga, corred, ¿qué estáis esperando? Chema coge todo lo que hay en la portería. Miriam, líquida a la tía esa y vámonos de una puta vez"

Carreras por el pasillo, en el piso de arriba, el de la calle, algo que se cae y, de nuevo, el hombre de los zapatos marrones entra y acaba de desatarme. Después me ayuda a levantarme. Mis piernas, entumidas después de tanto tiempo sin hacer ejercicio, tratan de mantenerme y de caminar tan deprisa como les sea posible.

"Me llamo Lucas", informa él. "Te voy a ayudar a ir a la escalera y salir. Por lo que he visto, tenemos controlada la situación. Así que no te preocupes, tenemos todo el tiempo del mundo para llegar a la salida. Nuestros chicos están esperando fuera y nos llevarán a buen recaudo"

"Por favor, ¿qué ha sido de Santi?, pregunto con miedo.

"Le han sacado fuera y le deben estar llevando al hospital más próximo, no te preocupes. Está inconsciente porque ha perdido mucha sangre. Pero, a juzgar por la herida, no tiene aspecto de ser mortal"

Cuando acabamos de salir por la puerta de la calle y veo la luz por primera vez en tres semanas, siento la vida real con toda su fuerza.

Sin todos los fantasmas de mi imaginación, sin el miedo brutal, con razón de ser. Sin pensar que puede ser ése el último día de nuestra vida.

Ha pasado el tiempo. A Santi no le brota ya, con tanta espontaneidad, ese antiguo optimismo suyo, aunque sigue siendo positivo.

Yo he aprendido el gusto por la mínima expresión de vida, por la grandeza del desayuno que a diario comparto con mi marido Santi, antes de irnos a trabajar, por el rato de descanso con mis compañeros de trabajo. Aunque, vez en cuando todavía, por la noche, en mis sueños, reviven algunos momentos y personajes de esa antigua pesadilla real que os acabo de narrar.

Mientras se afeitaba, Raúl veía complacido la imagen que de sí le devolvía el espejo. Verdaderamente podía considerarse un joven interesante. Sus amigos reprobaban su excesiva timidez y no entendían cómo a sus veinticinco años todavía no se había comido una rosca.

Lejos de incomodarle las críticas, las aceptaba con sentido del humor, pero hacía caso omiso de ellas.

– Sé que para vosotros soy un plasta –les decía con cierta ironía –deberíais reconocer vuestra incapacidad para cultivar y seleccionar amistades femeninas. Lo siento pero no soporto a esas frívolas y caprichosas niñas pijas, cuyo intelecto deja mucho que desear, ya que su objetivo primordial es el ligue.

No obstante Raúl accedía a salir con la pandilla con cierta frecuencia.

– ¡Qué incordio! – pensaba contrariado – tener que dejar la lectura en este punto tan interesante más resignado, ponía el libro sobre la mesa, ya que se había comprometido con los jóvenes. Así que se dispuso a pasar una de tantas tardes vacías de interés con una pandilla que a diferencia de él, disfrutaban y decían pasárselo de puta madre. Así que sábado tras sábado eran asiduos en los mismos locales.

– Bueno tendré que apresurarme – musitaba el joven. Y en pocos minutos se vistió. El sonido del móvil le anunciaba con una llamada perdida que Javi y Beltrán ya le esperaban en el pub habitual y, en pocos segundos se reunió con ellos. Como era de esperar los encontró entregados en animadas charlas con las chicas de siempre.

– Otra tarde con idéntica rutina ¡Valla un royo! – Pensó, y pasando junto a ellos apenas cruzó un breve saludo, optando por dirigirse a la barra. Desde allí visualizaba todos los recovecos del local, aunque ya los tenía memorizados. Sabía que no descubriría nada nuevo. Hasta le parecía ver las mismas caras aburridas de cada sábado. Más la presencia un tanto misteriosa de una joven, la cual se había acercado tanto a él que podía percibir su aliento le sobresaltó.

– ¡Amigo! ¿Me invitas a una copa?

Algo desconcertado Raúl contempló a una mujer desconocida. Tenía la certeza de no haberla visto nunca. Aunque era escasa la luz del local pudo descubrir que era bonita. Nunca fue especialmente bueno para calcular la edad, pero ella parecía tener entre veinte y veinticinco años. Puede que fuera por la sorpresa pero lo cierto es que le había impactado aquel inesperado encuentro. Podía ser que la semioscuridad despertara la imaginación de Raúl, pues le pareció ver a una figura esculpida por un artista. Obviamente no podía definir el color de sus ojos, pero eran muy oscuros y estaban clavados en los suyos. Una especie de corriente atravesó todo su cuerpo.

– ¡Qué! ¿Me invitas? – Insistió la joven – Necesito una copa y compañía.

Raúl, no conseguía articular palabra, pero sonrió en señal de asentimiento, y volviéndose hacia el camarero le pidió que le sirviera dos copas de bloody-mary.

– Puede que pienses que te he atracado – continuó la muchacha.

– ¡No! ¡No! Estaré encantado con tu compañía. No te he visto nunca por aquí ¿Cómo te llamas? Yo soy Raúl. He venido con unos amigos pero ahora soy todo tuyo.

– Me llamo Marián y necesito confiar en alguien.

El rostro de la joven se había tornado triste. Sus ojos, cambiando de expresión ahora sin fuerza, se perdían en el infinito.

– ¿Por qué tú? Te preguntarás. – Siguió Marián – Créeme no tengo a nadie. Esta noche he decidido romper las cadenas que me han atado a un ser despreciable. Durante cuatro años he convivido con Germán. Una fuerza de la naturaleza, siendo incapaz de desprenderme de su tela de araña. Ha sido tanto su poder de atracción, que a pesar de sus humillaciones y engaños con otras mujeres he permanecido fiel a él. Pero se acabó. Esta determinación ha bajado mi autoestima, y necesito un hombro donde apoyarme. No te conozco. Pero he notado esa transparencia de ojos que me han llevado al interior de tu alma y he descubierto a un ser limpio. Mi intuición me dice que no me equivoco. Sé que eres buena gente. Además me has gustado.

Raúl escuchaba perplejo a la joven.

– ¡Qué muchacha tan extraordinaria! – Se decía mientras Marián continuaba.

– ¡Qué diferente fue con Dani! Con él conviví durante dos años. Pero era tan pobre de espíritu. Una relación demasiado monótona. Siempre con idéntico lenguaje, que acabó siendo insufrible. Irremediamente tuve que dejarle. Como verás he tenido mala suerte, y a mis treinta años se me han acabado las luces de la esperanza. He vivido tan intensamente que estoy cansada.

El joven continuaba perplejo. No se había atrevido a interrumpir el relato de Marián y apenas le daba tiempo a digerir cuanto acontecía. Pero sin duda la joven le atraía poderosamente y ésta, provocadora, había clavado sus ojos en los suyos por lo que se decidió a intervenir.

– Me alegro de conocerte y de haberte inspirado esa confianza. Eres una mujer preciosa y extraordinaria. Nunca había conocido a nadie como tú.

Raúl estaba tan impresionado que se sintió arder como un volcán cuando Marián, sonriendo, puso su mano sobre la suya suplicándole.

– Me gustaría esta noche quedarme contigo.

Bruscamente la joven soltó la mano de Raúl que desconcertado observó como el rostro de Marián se endurecía con una mueca de desagrado.

– Perdona –dijo contrariada – necesito ir al servicio.

Sin apenas percatarse de ello, Raúl vio desaparecer a Marián, mientras un antiguo compañero de instituto acercándose a él le preguntaba:

– ¿Has visto a mi prima?

Ante la pasividad de este que parecía estar en las nubes continuó.

– Mi prima se llama Marián. Es una chica morena de ojos oscuros. Una pequeña frívola caprichosa que me ha vuelto a dar esquinazo. He prometido a su madre llevarla a casa no más tarde de las doce, ya que parte mañana para el internado donde todavía deberá pasar un curso más hasta cumplir los dieciocho años.

Crítica a 'Otro caso irresoluto' de John Cardin

Josém Balboa

La última novela de John Cardin sobre su ya célebre detective privado Mortimer McAllen reincide en los ambientes y los personajes de las veintiséis anteriormente publicadas sin que, por el momento, haya visto mermado ni un ápice su éxito entre lectores de la más variopinta condición. Y todo ello a pesar de las constantes declaraciones del autor en contra de su personaje y sobre su necesidad de escribir trabajos más intimistas, dejando a un lado la intriga y el suspense en los que se ha movido durante toda su carrera. Esta malquerencia por su personaje se inició en "El enigma de la bacinilla", su decimotercera novela, en la que Mortimer sufría tres infartos y el ataque de un cocodrilo en el transcurso de su investigación. A partir de ahí, el detective ha ido sufriendo todo tipo de penalidades: desde perder una pierna al caer desde un tercer piso en "La muerte del mamporrero" a ser perseguido por las hordas de Genghis Kahn en "El mongol que vino a cenar". Sin embargo, su fama no ha hecho más que incrementarse exponencialmente con las nuevas entregas del cada vez más maltrecho detective, el cual empezó sus aventuras en 1949 con "Un mal lugar para morir", donde ya estaban presentes sus principales características; alto, enjuto, y con un rostro cincelado a golpes que hacia lapidarias cada una de sus frases sin olvidar, por supuesto, su éxito entre el género femenino, algo mermado ahora tras coger la sífilis en su anterior novela.

Éste último libro, en el que, en palabras de su autor, "No sucede absolutamente nada", arranca cuando un enorme piano de cola cae sobre la cabeza de Mortimer mientras se dirige a una inspección de hacienda, lo que provoca que el detective permanezca en coma toda la primera mitad del libro. El resto de la trama se desarrolla durante su vertiginosa convalecencia, en la que asistimos a una serie de visitas de familiares, o incluso de simples conocidos, en una espectacular progresión que deja al lector sin aliento. Tras su salida del hospital, Mortimer, infectado de hepatitis tras pincharse tontamente con una jeringuilla durante su estancia, intentará resolver el último caso que le habían encomendado aunque, como suele ocurrir en sus últimas empresas, no logrará descubrir al asesino a pesar de contar con multitud de testigos y que el culpable ya ha sido detenido y juzgado por ese crimen alrededor de la página treinta. No revelaremos aquí que clase y marca de automóvil atropella al sempiterno protagonista al final de la novela ya que, como siempre, resulta de lo más sorprendente.

Desde ya apostamos por esta obra como un nuevo éxito de John Cardin quien, a buen seguro, continuará deleitándonos con más peripecias de Mortimer McAllen en el futuro. Como muestra basten sus declaraciones durante su reciente visita a nuestro país:

"Mátenle, por favor, ¡mátenle!"

Paco Le Cult

Roberto González

Aquella noche de diciembre Paco se quedó en calzoncillos y dijo que iba a meditar. Por un momento se hizo el silencio y todos los demás nos miramos asombrados. Luego estallamos en unas carcajadas tan exageradas que a mi poco me faltó para que se me desencajara la mandíbula. Para entonces los vapores del alcohol habían impregnado aquella desolada choza de montaña que el delegado de nuestro curso había gestionado para pasar un fin de semana. Paco el culto no mentía, se tumbó casi desnudo de espaldas en ese suelo antártico, juntó el dedo índice y pulgar de cada mano, puso los ojos en blanco como si estuviera en trance y si hubiera empezado a echar espumarajos blancos por la boca hubiéramos salido todos despavoridos y por patas a desperdigarnos por aquellos cerros inhóspitos de la sierra. Pero hacía ya mucho tiempo que el Asturias, patria querida se había repetido sin sentido en nuestras gargantas y nuestras voces arrastraban las palabras como si fuera la baba de un bebe que no acaba de salir.

- Se va a quedar tieso – dijo uno.

- Si, más tieso que mi polla – dijo otro.

Y todos al unísono nos volvimos a reír. Y alrededor de la tenue luz de la linterna, seguimos jugando al chito, y cantando y bebiendo, y repetíamos desaforados “Moncayo, Moncayo”, que nos parecía la cosa más chistosa del mundo y nos animábamos a volver a beber. Luego, poco a poco, las risas se fueron espaciando y los silencios se hicieron más prolongados hasta que la habitación quedó muda, ya cada uno metido en su saco de dormir.

- Mi padre no me quiere, sonó una voz en la soledad de la noche. Mi padre no me quiere y es un hijo puta – volvió a escucharse más alto.- Un día lo voy a matar.

Yo sabía que era Paco el culto, o Paco Le Cult, como nosotros le llamábamos en clase, pero permanecí quieto en mi saco con la convicción de que los otros también le habían escuchado y estarían tan desconcertados como yo.

- Mi padre – prosiguió – nunca me ha querido. La verdad es que yo no tendría que haber nacido. Eso hubiera sido mejor para todos.

No recordaba que Paco Le Cult hubiera bebido, pero no estaba tan seguro de que no hubiera tomado alguna droga. Pensé que sus palabras eran sinceras y muy reveladoras, pero al mismo tiempo muy inoportunas y creo que tanto yo como el resto de los compañeros, a pesar de la cogorza, estábamos muy confusos y no sabíamos que hacer. El regreso de su viaje psicodélico nos incomodaba. Yo siempre había mantenido con Paco Le Cult un trato distante, como la mayoría, que lo considerábamos un bicho raro, un escroto residual en la orina, como él a si mismo en alguna ocasión se había definido. Nadie pensó que se iba a apuntar a la excusión. En clase apenas hablaba, estaba siempre ausente, con la mirada perdida en algún punto entre la parte superior del enorme ventanal y el fluorescente del techo. Pero escuchaba, claro que escuchaba, y a veces, hasta opinaba, porque Paco sabía muchas cosas, muchas de esas que nosotros ni siquiera sospechábamos; sabía que

Schopenhauer odiaba a toda la humanidad, Euclides recitaba mantras matemáticos o que Horacio se masturbaba mientras escribía sus poemas.

Todo aquello nos fascinaba. No sacaba muy buenas notas pero era muy culto. Cuando su voz gutural se animaba a participar todos permanecíamos suspensos porque alternaba las frases absurdas o la tontería más supina, que te hacían sentir hasta vergüenza ajena, con la frase genial, lapidaria, donde se atisbaba el fulgor del genio.

Recuerdo que siempre llevaba un cuaderno donde a cada rato apuntaba algo. La letra era tan menuda y apretada como su físico. Una chica de clase decía que era una mezcla de Truman Capote y Kafka y yo siempre lo creí a pies juntillas pues por entonces había visto una foto de este último y el parecido era asombroso. Recuerdo que por entonces escribía pequeñas historias que siempre se desarrollaban en espacios sin ventanas por los que deambulaban personajes desvalidos, que parecían recién rescatados de una pesadilla nocturna.

Y allí, en la estación de Renfe, de un gélido fin de semana del mes de diciembre, donde nadie le esperaba, se presentó por sorpresa Paco Le Cult. No dijo una palabra en todo el fin de semana y sólo soltó algún monosílabo en las comidas por razones prácticas; a pesar de todo parecía estar pasándose bien. Y en aquellas horas de la madrugada, así, sin prevenirlo, desembucha aquellas trascendencias. Y pensar que nuestras intenciones originales eran convencer a las chicas de clase para que nos acompañaran y conseguir que ese fin de semana, justo antes de Navidad, se convirtiera en una bacanal de drogas, alcohol y por supuesto sexo. Vaya cambio. Y además Paco casi la palma, que estuvo más de dos semanas ingresado en el hospital con una neumonía de gilipollas.

De aquello habrá pasado más de 30 años. Nunca más volví a ver a Paco Le Cult ni tampoco a la mayoría de aquellos compañeros de bachillerato, pero hace unas semanas, mientras paseaba por mi barrio observé, desde lejos, como la gente se quedaba mirando a un señor que venía hablando sólo por la calle. Lo escrutaban con disimulo porque los gestos no eran muy acusados y temía que se dirigiera a ellos. Parecía platicar con un interlocutor imaginario. Al llegar casi a mi altura, sin motivo aparente, se detuvo, se sentó en un banco, puso una pierna encima de otra, se rascó la barbilla con la mano izquierda y miró al cielo. No había duda, era Paco Le Cult. Lo contemplé por unos segundos sin saber qué hacer y cuando quise reaccionar Paco Le Cult bajó la vista, me vio, y para mi sorpresa, me llamó por mi nombre.

A pesar de haber pasado muchos lustros y no habernos visto desde entonces ni una sola vez, reconocí al momento su ademán cansino, su flequillo desamparado. Me sorprendió que recordara mi nombre y más aún, que tuviera conmigo un trato tan familiar.

- Pareces muy contento – le dije después de las nuevas de rigor.

Torció la boca para formar un mohín pícaro, y con un cierto rubor, pronunció al tiempo que bajaba la cabeza, un sí tímido.

- Es que acabo de regresar de un viaje de Venecia con mi novia – me confesó bajando la voz-. Vive fuera y después de cada viaje me escribe una carta.

Me mostró un sobre y sacó unos folios de su interior. Parecía que iba a ponerse a leer, y yo intenté atajarle, poniendo mi mano sobre el papel al tiempo que le decía que esas cosas eran muy personales. Aún así pude ver que firmaba un tal Sara Morales.

- Algunas sí, pero la mayoría son anécdotas del viaje. Las escribe para que no se nos olviden. – dijo Paco. Es más romántico que los correos electrónicos.

Esa misma noche llame a Emilio, que era el único compañero de clase, de aquella mítica noche, con quién mantenía algún contacto.

- Pero si le dieron una invalidez porque en el trabajo le daban ausencias – me dijo sorprendido.- ¿Y seguro que tiene novia?

- Me dijo que sí,- aseveré- pero no te preocupes porque dentro de poco lo volveremos a ver y se lo podrás preguntar personalmente, - y es que una semana después un antiguo compañero del instituto había conseguido organizar una reunión de antiguos alumnos e incluso había logrado que nos cedieran las instalaciones del colegio. Se lo había comentado a Paco durante nuestro encuentro y dijo que no faltaría.

La reunión de antiguos compañeros se produjo en la fecha convenida y me sirvió para constatar lo mal que la mayoría había envejecido, yo incluido, la falta de memoria que tengo y que me hace ser un buen catecúmeno del alzheimer y que el alcohol y la movida nocturna no son suficientes para alcanzar los momentos de epifanía de antaño. Deambulé sin rumbo entre toda aquella gente extraterrestre hasta reconocer unos de mi tribu y allí reunidos entre dos mesas, rodeados de canapés y rones, pasamos la noche. En un momento dado alguien creyó reconocer merodeando entre los grupos a Paco Le Cult y le rescatamos de ese vacío cósmico por el que vagaba. A diferencia de antaño se mostró más locuaz y participativo, aunque seguía conservando esa mirada entre perdida y reflexiva.

Cuando la fiesta declinaba me acordé de que Emilio había dudado de la historia romántica de Paco Le Cult, y cómo no quería quedarme con la duda, sibilinaamente dirigí la conversación hacia los viajes y sus recuerdos, y así, como de pasada, le recordé a Paco que a él le gustaba hacer alguna reseña de los mismos. Esbozó una sonrisa y empezó a hablarnos de Venecia, de Roma, de Estambul, con el conocimiento de una guía de turismo y el fervor de un derviche. Era tal la pasión que pensé que iba a entrar en una especie de paroxismo. Quizá se volviera a quedar en calzoncillo, pero no fue así. Soltada la perorata, de repente se abismó en el silencio y su mirada se quedó perdida en algún punto de la sala. Por unos segundos nadie habla, pero ya Emilio no pudo contenerse y le preguntó si tenía alguna de esas cartas, sólo por la curiosidad y el gusto que le había producido escucharle. Paco rebuscó en uno de los bolsillos de la cazadora y la encontró. Emilio la tomó sutilmente entre sus manos, extendió los folios y pareció leer unas líneas con la misma atención que si quisiera descifrar un jeroglífico. Luego nos enseñó la carta y vimos aquella letra apretada y menuda, como si fuera una transcripción taquigráfica. Fue a la última página y vio la firma: Sara Morales. Me la mostró. La dobló con parsimonia y al tiempo que devolvía la carta a Paco Le Cult desvió la mirada hacia mi para hacerme un guiño cómplice.

- Creo que nunca se recupero del frío que cogió aquella noche – me dijo Emilio más tarde, cuando ya estábamos a solas. Quizá nunca le comprendimos demasiado.

Sus palabras me dejaron un sabor agrídulce y quizá la sensación de que nunca me involucro demasiado ni en los sentimientos ni la vida de los demás.

Por eso, desde aquello, cada vez que hago un viaje o tengo una experiencia agradable, lo pongo por escrito con letra menuda y apretada, lo meto en un sobre, y con firma de Sara Morales, se la remito a la dirección de Paco, porque nunca es tarde para aportar algo a la felicidad de otras personas.

La abuela del Pelanas

Enrique Romero

La abuela del Pelanas era una friqui. Normalmente a las abuelas de los amigos les da por el bingo y las misas, pero ésta, desde que se quedó viuda, se había hecho una forofa total del rollo ovni y todas esas movidas de marcianos. Vivía en el mismo portal que él y siempre que íbamos a su casa a echar un FIFA venía y nos daba la brasa con los encuentros en la tercera fase y esas cosas. Aseguraba que de joven tuvo un novio guapísimo que fue abducido por los extraterrestres mientras hacía la mili en El Aaiún y nunca más volvió a saber de él, y abrigaba la esperanza de que algún día los alienígenas lo trajeran de regreso a la Tierra. La verdad es que estaba en tratamiento con pastillas de todos los colores y se le iba un poco la olla. Se metía sus buenos chutes de medicamentos sin tener muy en cuenta las dosis, y los acompañaba con una copichuela de ponche Caballero, porque, según decía, así hacían más efecto. Y nos ha jodío que le hacían efecto. Se ponía como una moto.

Estaba apuntada al proyecto ese de búsqueda de inteligencia en otros planetas y había hecho reorientar la vieja parabólica que tenían en la azotea de cuando estaban abonados al plus para que su marido viera la feria de San Isidro, hacía el sector del firmamento que le habían asignado, el cuadrante de Alfa Centauro, y se pasaba todo el día enviando mensajes hacia esa zona del espacio exterior, para lo cual conectaba a la antena todos los viejos ordenadores que encontraba en los contenedores del barrio, con lo que hacía saltar los plomos de todo el inmueble cada dos por tres.

Los de los servicios sociales estaban siempre intentando hacerse con ella y vaciarle la casa de tanta morralla, pero la vieja se defendía montando unos pollos de cuidado en el descansillo y amenazando con hacer volar el edificio si le tocaban uno sólo de sus aparatos. La verdad es que se manejaba en la cosa de la informática mejor que cualquiera de nosotros. Incluso ella misma le había instalado el chip a la Play del Pelanas.

Lo de los mensajes tenía su punto. Solía escribirlos en el idioma de los indios de las pelis del oeste. Algo así como: “Aquí Manuela García. Yo ser habitante del planeta Tierra. Yo intentar contactar con seres inteligentes de otros mundos. Si alguien recibir este mensaje contestar por favor.”

También los mandaba en todos los idiomas del traductor de Google y en algunos otros idiomas que se inventaba cifrando los caracteres mediante extraños algoritmos que consistían en mezclar números con letras y con esos signos absurdos que salen en la pantalla cuando das por error varias teclas a la vez.

Un día estábamos el Pelanas y yo fumándonos unos petas y tocando con la Guitar Hero, y se nos presenta la buena mujer fuera de sí diciendo que había captado un mensaje del espacio y que la ayudáramos a descifrarlo.

-Abueeeela, las pastillas...- Dijo el Pelanas burlón.

-¡Que pastillas, ni que niño muerto!- Contestó enfadada.- ¡Vamos! ¿No decías que eras un fiero crackeando programas y claves? ¡Pues sube a echarme una mano!

Subimos a su casa. Aquello era una locura. No podíamos ni movernos entre tantos cables retorcidos y cachivaches electrónicos destripados echando chispas y ronroneando como gatos en celo.

Encima de la mesa tenía un antiguo monitor de fósforo verde completamente lleno de letras y números sin orden ni concierto.

-Debió llegar ayer por la noche. Le he hecho el test de Voig-Kampf y no cabe duda de que es un mensaje inteligente. Solo tengo que encontrar un patrón para descryptarlo.

Nos pusimos manos a la obra. Aparentemente aquello no tenía ni pies ni cabeza. Estuvimos un montón de rato intentando de todo pero nada. Ya estábamos a punto de abandonar cuando el Pelanas nos dio la idea de probar con lo del salto del caballo, pasatiempo al que era muy aficionado, y ¡Bingo! Empezamos a descifrar palabras y frases y nos quedamos flipando. El mensaje decía.

-“Manuela, regreso a la Tierra a buscarte. Espérame la noche de San Juan en 40°29” norte y 4° 19” oeste. Te quiero. Ernesto.”

Menudo subidón le dio.

-¡Es él, es él, es Ernesto que vuelve en su ovni a por mí!- Decía dando palmadas y pegando saltitos.

Miramos en el Google Earth y esas coordenadas indicaban exactamente la playa nudista del Pantano de San Juan.

-Bien, está cerca y sólo faltan dos días. Bueno, chicos, ahora dejadme que tengo que preparar las cosas para mi viaje. ¿Podrás llevarme en el coche de tu padre?

-Vale, se lo pediré- Respondió el Pelanas. Y añadiendo en plan de guasa dijo- Y... no sé, ¿no habría que avisar a alguien? Que sé yo, ¿A la Nasa o algo así?

-Como le digas algo a alguien te mato- contestó la abuela señalándole con el dedo- Y a ti te digo lo mismo,- añadió dirigiéndose a mí- esto es secreto absoluto.

El día indicado el Pelanas le cogió el Corsa a su padre con la excusa de llevar a la abuela a tomar el aire y nos fuimos para allá. Por el camino nos contó que precisamente en el pantano de San Juan había perdido la virginidad con el tal Ernesto, también una noche de San Juan, y que al día siguiente éste se fue a hacer la mili a África donde un día, mientras patrullaban por el desierto desapareció, según contó alguno de sus compañeros, absorbido por una enorme bola de luz anaranjada que se fue volando hacia el cielo.

Dejamos el buga en el parking y caminamos un buen rato cargados con un par de enormes maletas hasta llegar al lugar indicado, una preciosa playita llena de pinos y de mendas en porreta picá que nos miraban con extrañeza, sobre todo cuando la abuela empezó a sacar cachivaches y a conectarlos enchufándolos hacia el cielo.

Poco a poco se nos fue acercando el personal y ésta les contaba lo que iba a ocurrir esa noche, por lo que terminaron todos tumbados mirando a las estrellas, fumándose nuestro costo y contando historias de marcianos a cual más inverosímil.

Entonces la abuela decidió que lo de quitarse la ropa era una buena idea para estar en comunión con la naturaleza y recibir a los alienígenas tal cual somos, así que nos

empelotamos nosotros también y nos hizo cantar a coro una especie de mantras tibetanos que sonaban como la musiquilla esa de los encuentros en la tercera fase.

Cayó la noche y todo fue quedando en completa oscuridad. Sólo se veían aquí y allá las chicharrillas incandescentes de los porros.

De pronto alguien descubrió que entre los pinos se veía a lo lejos una enorme bola achatada de color anaranjado posada en tierra y que una silueta recortada a contraluz de un hombre caminaba desde allí hacia nosotros. La abuela se levantó diciendo:

-¡Ernesto! ¿Eres tú?

Él no contestó y siguió acercándose. Era un hombre sonriente, maduro, de pelo plateado y piel bronceada, muy erguido y guapo como la madre que lo parió, y también estaba desnudo como cuando ésta lo trajo al mundo, lo cual nos permitió comprobar que la naturaleza, en lo tocante a los atributos específicos de su género, había sido especialmente generosa con él. Quien sabe, quizá fuera éste el motivo por el cual la abuela del Pelanas no le había olvidado nunca y quizá también fuera esa la forma que tuvo de reconocerle después de tantos años, el caso es que al verlo de cerca le miró de arriba abajo y exclamó: “¡Ernesto, amor mío!”, y abriendo los brazos se fue a por él y sus cuerpos se fundieron en un largo y hermoso abrazo.

Luego se volvió hacia nosotros y despidiéndose con la mano en alto nos dijo poniendo la voz de E.T.:

-¡Sed buenos!-

Tras lo cual echaron a andar hacia el ovni hasta que una extraña niebla los envolvió y no volvimos a verla.

-Pelanas, estoy que lo flipo- le dije a mi amigo cuando me recuperé del susto- vaya marronzazo, a ver ahora qué coño le contamos a tus padres.

Él, completamente alucinado, con la boca abierta y sosteniendo todavía un porro entre los dedos, me contestó:

-Joder tío, el que flipo soy yo que fui el que mandé el puto mensaje para gastarla una broma.

¡Ay mi Juana!

Carmen Martí

Hola mi amor. ¿Te comenté esta mañana que las niñas me prepararían el traje gris marengo? Pues eso han hecho, como si fuese a un funeral. Mira, ¿no crees que este traje azul es más adecuado para una conferencia? ¿Ves? No es completamente marino, tira más bien... al azul de tus ojos cuando te enfadas, o al azul del cielo antes de que salgan las estrellas.

Las estrellas... Te acuerdas cuando estuvimos en el desierto y dormimos al raso, contando las estrellas a medida que titilaban en la cúpula celeste, que se hacía más baja, como si quisiera protegernos del mundo. Sobre aquella arena que parecía una cama infinita invitando al amor hacia cualquier parte que nos revolviésemos. Y las dunas... ¿recuerdas cómo nos gustaba tirarnos desde lo alto de la duna, como si fuésemos una croqueta humana? Y reíamos, ¡cómo reíamos mi amor! ¡Qué locuras! Pero bueno, ahora lo que me tienes que ayudar es a elegir el traje y la corbata claro. Las corbatas siempre me las has elegido tú y siempre provocan algún comentario y miradas de envidia. ¿Camisa blanca o azul clarito como el cielo al amanecer, pálido, casi translúcido? Blanca, para poder combinar mejor con la corbata. Da más juego la verdad.

A ver, qué te parece ¿Estoy elegante? Eeeeso, sonríeme con esos ojos tuyos que me hablan mejor que las palabras. ¡Ay mi Juana! Nadie comprende cómo podría vivir sin ti. Pero tú siempre estás. Hasta tu ausencia llena la casa que sigue oliendo a ti cuando te marchas.

Hoy también me van a preguntar dónde compré la corbata. ¿Sabes un secreto? Ya no deshago el nudo para quitármelas. Sigue impecable y personal, como hecho por ti, mi amor, perfecto.

Bueno, ya estoy. Un toque de esencia de Loewe y... Heme aquí, como un dandi, de los que ya no hay.

Me voy palomita. Luego te cuento cómo ha ido. Te quiero vida mía. ¡Te quieroooooo! Hasta luego. Un beso mi amor.

Voy a tener que cambiar el cristal de esta foto porque se está gastando de tantos besos.

Entremés en 3 actos

L. G. Morgan

ACTO I

Nos encontramos en una taberna ahumada y ruidosa. En una de las mesas, sobre la que recae la luz intensa de los focos, están sentados los cuatro personajes principales. Un joven con aspecto de caballero, atildado y apuesto, don Pere. Una moza de buen ver y postura recatada, con las manos cruzadas en el halda, Marcelina. Un sujeto fornido con pañuelo pardo en la cabeza: Fermín, el chatarrero. Junto al taburete que ocupa descansan un par de aparatosas muletas, el hombre es cojo. Y por último, un individuo de extraña catadura: con cara de rufián pero alzacuellos de cura, Maese Joaquín. Toma la palabra el cojo.

—Que no, don Pere, que la cuestión aquí es que me ha *dejaó preñá* a la moza. — Mientras habla da sonoros golpes con el puño en la mesa-. Y eso no se puede consentir, por muy caballero que sea usía.

—Chsst, baje la voz, hombre —susurra el otro descompuesto- si yo no le estoy negando nada. Solo digo que habrá que esperar y ver...

—¿Y ver qué, que se le note el bombo a esta? Todavía lo puede disimular usando la saya ancha pero en un par de semanas... así que a ver qué hacemos. Yo estoy impedido, como bien se ve —se señala la pierna con grandes aspavientos-, y no puedo trabajar, ya no nos queda ni *p'a* comer. Tenía a la moza comprometida con un buen hombre, un artesano del gremio, *honrao*, trabajador... iba a ser el final de nuestros problemas. Pero ahora que usía le ha *quitaó* la honra... pues no la va a querer —asiente el cura con gesto grave-. Ay, Dios mío —gime en voz alta mesándose los cabellos- qué va a ser ahora de mi dulce Marcelina.

—Que yo no digo —trata de calmarle don Pere- que no vaya a cumplir. Pero —y aquí le surge un gesto de lo más desconfiado- cómo sé yo que el niño... bueno —se arma de valor y sin mirar a la muchacha termina del tirón:- cómo sé que es mío.

Marcelina se echa a llorar desconsoladamente, retorciendo entre las manos el extremo del delantal y su padre se levanta indignado y se encara con el asustado joven.

—¿Qué cómo sabe que es suyo? ¿Es capaz de decirle a un padre a la cara, después de haberse trajinado a su hija, que no sabe si el hijo es suyo? ¿Es que acaso mi muchacha no estaba entera?

—Tranquilícese, por Dios, tranquilícese —don Pere no cabe en sí de angustia. Mira a todas partes, seguro de que todo el mundo ha oído la conversación. Le señalarán por la calle, se enterará su padre, su vida quedará arruinada... Solo quiere resolver aquello de una vez y seguir con sus asuntos-. Si yo no dudo de la virtud de Marcelina. Que no, Marcelina, no llores, mujer. Son los nervios, eso es, los nervios que no me dejan pensar con claridad. Claro

que eras pura, mujer, si hasta me mostraste las pruebas. Yo... yo –balbucea- yo estoy dispuesto a hacer lo más decoroso. ¿Qué sugiere usted?

—Dígaselo vuecé, padre —Fermín le da un manotazo al cura, para indicarle que es su momento.

—Aquí lo único decente —contesta el reverendo con gesto puritano- es que os caséis con la moza... mmm... desflorada. Yo mismo puedo officiar la ceremonia en cuanto gustéis.

Don Pere se ha quedado blanco como la cal de la pared. No es posible, ¿cómo se va a casar él con esa zagala?, guapa como pocas, eso sí, pero sin un real y sin un nombre. Su padre le deshereda, eso seguro.

—No puede ser —afirma tajante. El miedo le confiere un tono de barítono que no admite réplica-. Es que... —se nota que inventa una excusa- yo ya estoy prometido. Sería un honor para mi desposarte, Marcelina, pero no es viable. ¿Alguna otra idea?

Los dos hombres hacen ver que reflexionan y por último dice el cura:

—Habría otra forma... No es la mejor pero si no hay manera de casamiento... podríais darle a la muchacha una buena suma, a modo de dote, y un donativo para que en algún convento las monjas miraran con mejores ojos a un recién nacido dejado en su torno.

Tras una cierta negociación, llena de tiras y aflojas, acuerdan una cantidad que, a requerimiento de Pere, trae un criado y entrega a Fermín. Don Pere se levanta luego, saluda, y hace mutis por el foro.

ACTO II

Una oscura calleja, Fermín, Marcelina y Joaquín se están repartiendo el dinero.

—Gracias, padre —dice Marcelina fingiendo una exagerada deferencia- cuánto agradezco vuestros desvelos.

—Menos chufas, moza —contesta Fermín- que de la *quantá* que te doy te recuerdo al padre que no conociste —la muchacha se echa a reír-. Ahora a buscar otro primo que te preñe, que los cuartos no duran para siempre.

—Si fuera cierto el negocio —interviene Joaquín con guasa- habrías parido más hijos que la Eva de Adán.

—Bueno, no hay mal que por bien no venga —contesta sonriendo la muchacha-. Desde que la alcahueta aquella casi me mata en el parto de mi niño, estoy a salvo de esos lances.

Se despiden y se van cada uno por su lado.

ACTO III

La misma taberna, la misma mesa. Esta vez el cuarto personaje es un joven distinto, estudiante aventajado de medicina y un romántico además de un bobo.

—Estoy impedido, como puede ver. Sin trabajo, sin *na p'a* comer. Yo tenía a la moza comprometida con un buen hombre... —está diciendo Fermín.

Alejandro, que así se llama el estudiante, no tiene ojos más que para Marcelina, apenas escucha.

—Tiene que casarse con ella —suelta el cura a bocajarro, aprovechando la coyuntura.

—Muy bien —contesta el mozo, sin apartar la vista de la guapa moza.

—¿Qué? —se atraganta Fermín.

—Sí, vida mía, nos casamos ahora mismo. No voy a dejar que mi hijo sea un bastardo.

—Mire vucé —interrumpe el falso reverendo- que no es bueno precipitarse, que las familias no siempre comprenden estos arranques de juventud...

Pero Alejandro no quiere saber nada de inconvenientes. Se levanta y entre grandes risotadas proclama entre la concurrencia que va a casarse con esa hermosa mujer que le acompaña. De entre los congregados sale un cura, uno auténtico, capellán en la universidad, que se encuentra a esas alturas un poco achispado y se ofrece, en medio del regocijo de todos, a celebrar el enlace en ese mismo momento.

Los tres compinches no saben qué hacer. Para Fermín y su socio está a punto de irse al traste su único medio de vida. Para Marcelina empieza un lío de padre y muy señor mío: cómo va a capear la situación como mujer honrada y casada es algo que no imagina.

Se celebra la boda, entre la algarabía y el contento de los parroquianos y el más amargo desengaño de los burladores burlados.

Las hermanas Calatrava

María José S. Ulloa

Ambas eran famosas en el pueblo de Algarroba, Felisa era la mayor, unos 55 años mal llevados, de complexión atlética, alta, con el pelo muy corto y un poco de bigote. Su carácter adusto y con un genio de mil demonios, tenía asustado a todo el pueblo, pues aunque no ostentaba ningún cargo de responsabilidad, su estruendosa voz y sus desafiantes maneras conseguían que hombres, mujeres y todo bicho viviente la temiera más que al propio diablo.

Vicenta por el contrario, hermana menor de 50 años, era bajita y regordeta, pero tan avispada y mala como su hermana. Así que ambas dos que vivían en una casa rural un poco apartadas del resto de la gente del lugar, eran la atracción de los habitantes de Algarroba, pues cuando ocurría cualquier cosa extraña y desagradable en el pueblo, todas las miradas se dirigían a ellas y es que las consideraban dos brujas de armas tomar.

Sin embargo, hay que reconocer que a pesar de ser detestadas y temidas, era muy divertido tenerlas en el pueblo, ya que éste cobraba vida cuando ellas entraban en acción tratase de lo que se tratase.

Los chiquillos se entretenían en acercarse sigilosamente a la casa y a una buena distancia, tiraban alguna que otra piedra sobre la fachada, con el miedo y la curiosidad de saber que algo podría pasar. Ellas por su parte habían colocado un letrero en la puerta de entrada que rezaba **AQUÍ NO SE ADMITE GENTUZA**, eso sí, con el cuidado de no poner ningún nombre, por si alguien en particular pudiera sentirse aludido y las pudiera denunciar.

Un buen día el Alcalde que era un hombre jaranero, aunque pasaba de los 60 y un tanto fachudo decidió que iba a organizar una fiesta en la plaza principal para que el pueblo se animara y consiguiera un poco de prestigio, porque había de reconocer que Algarroba tenía pocos atractivos para atraer turistas, así pues pensó en invitar a toda la gente que quisiera venir de otros pueblos cercanos y habría baile, comida, marionetas y teatro; e incluso y si el presupuesto daba para ello, invitarían a alguien de renombre y famoso como a Belén Esteban que la habían nombrado hija predilecta del pueblo, pues parecía muy admirada, aunque él nunca supo el porqué. Una programación abultada para que la gente no se aburriera y se acordara de aquel lugar, pues si les gustaba lo propagarían por otros sitios y tal vez beneficiara los intereses del lugar.

Así es que dicho y hecho, comenzó a organizar la fiesta junto con algunos vecinos tan jaraneros como él para que el día previsto, quedara todo dispuesto y bien organizado. El cura, hombre pequeño y bonachón se encargaría de las luces, las mujeres de hacer la comida y los hombres de preparar el escenario y de todas las demás zarandajas que hicieran falta para que la fiesta fuera un éxito.

Todo el pueblo estaba ilusionado con esta idea y todas las tardes se reunían en la plaza para hablar del asunto y ni qué decir tiene que todos acudían con gran algarabía, todos

claro está menos dos, las hermanas Calatrava que no habían sido invitadas, por temor a sus fechorías.

Estas, ofendidas por esta omisión, juraron vengarse de todos los habitantes del pueblo, pues consideraban que era un ultraje, ya que ellas habían nacido allí y estaban en todo su derecho para participar si les deba la gana en la fiesta en cuestión, aunque la verdad es que no existía el menor interés por su parte, pero no iban a consentir que las humillaran de aquella manera, así que deberían preparar con tiempo su venganza, que se relamián de gusto pensando que harían para que la susodicha venganza fuera inolvidable.

Los habitantes de Algarroba mientras tanto, ajenos a los malignos pensamientos de las dos mujeres, seguían con los preparativos del acontecimiento imaginando que iba a resultar algo magnífico y todos colaboraban con un entusiasmo común, ya que pensaban como el Alcalde, que si resultaba todo bien, sería algo sonado que al pueblo le daría renombre y beneficios, ya que hasta entonces solo era un poblacho olvidado, sin ningún interés, solo querido para los que vivían en él.

Además, como en el cuento de la lechera, todos sus habitantes imaginaban ya el éxito seguro si eran capaces de organizarlo todo debidamente y se sentirían orgullosos de pertenecer a El y tanto esfuerzo y tanta colaboración hubo para conseguir sus propósitos, que al fin todo quedó terminado para el día previsto de su celebración, un domingo caluroso del mes de Agosto, ya que todos estarían libres para poder acudir al acontecimiento, así que a las 9 de la noche, hora asignada para el comienzo de los festejos, una bengala lanzada desde el balcón del ayuntamiento proclamó su inicio.

La algarabía fue tremenda, aunque Belén Esteban no acudió y jamás se lo perdonarían, pues lo consideraron un desprecio, pero en fin, el deseo era tan grande de divertirse que pronto se la olvidó y todos bailaron, comieron, se rieron y hasta muchos se enamoraron. Así estaban los ánimos de los lugareños, todo era cordialidad y alegría, hasta que de pronto la campana enorme de la iglesia del pueblo comenzó a tocar con inusitada fuerza y esto solo ocurría cuando había misa o era una llamada de atención de que algo grave podría ocurrir. La gente alarmada, ocurrió en tropel hacia la iglesia y cuando todos se acercaron al lugar, la campana se silenció de repente y una voz chillona comenzó a lanzar palabrotas y maldiciones tan atroces que todos los asistentes quedaron abochornados, era Vicenta, la menor de las hermanas Calatrava, que ataviada con un hábito negro, presentaba una figura siniestra y macabra desde las alturas y además de los insultos lanzaba enormes piedras desde el campanario dispuesta a descalabrar a todo al que pillara, así que todo el mundo corría despavorido; Mas de repente, un tremendo alarido se oyó y después un golpe seco sobre el pavimento, era Vicenta que en su ímpetu de ira y en una de sus lanzadas de piedras, había resbalado y cayó desde la altura detrás de una de esas numerosas piedras arrojadas salvajemente contra la multitud.

Por unos instantes hubo un silencio sepulcral, todos miraban con miedo y curiosidad el cuerpo de Vicenta que yacía inerte sobre un gran charco de sangre, pero cuando todavía no habían salido de su pavor, se oyó una enorme carcajada estentórea y espeluznante que aun mas aterradora que la anterior, rompió el morboso silencio y desde las sombras apareció su hermana Felisa de repente, con la cara desencajada de furor y blandiendo un hacha enorme, comenzó sin ton ni son a dar tajos a diestro y siniestro a todo lo que encontraba a su paso, la gente aterrorizada corría despavorida de un lado para otro tratando

de esquivar el hacha mortífera que tan ferozmente se blandía sobre ellos, pues que sabía que la asesina estaba dispuesta a matar sin piedad a cualquiera que tuviera la desgracia de cruzarse en su camino, pero como Felisa era un poco corta de vista no atinaba bien y de pronto se oyó un rebuzno espeluznante y un asno que no corrió porque no estaba atento a lo que allí pasaba, se encontró de repente atizado por la loca que de un solo tajo le cortó el rabo y el pobre animal dolorido comenzó entonces a correr y a dar coces a todo bicho viviente que por allí andaba y una de ellas le tocó a Felisa, que desconcertada al ver lo que había hecho, no le dio tiempo a huir y la coza que le propinó en mitad de la cara la lanzó al espacio y en el acto cayó muerta igual que su hermana.

Como es de suponer, la fiesta quedó suspendida y la gente, muchos de ellos malheridos, unos por las coces del animal, al que tuvieron que sacrificar, otros pisoteados por la muchedumbre aterrorizada y la mayoría, humillada por el terrible final del acontecimiento se fue llorando a sus respectivas casas, maldiciendo la hora en que se les ocurrió asistir a la dichosa fiesta.

Al fin, el Alcalde consiguió que su pueblo se hiciera famoso, pues al día siguiente del suceso, salió en muchos medios de comunicación de toda España, periódicos, televisión etc. aunque nunca pensó que de aquella manera tan morbosa, sin embargo, como no hay bien que por mal no venga, el pueblo había conseguido dos cosas buenas, la primera es que las hermanas Calatrava ya fueran historia, pues se las enterró y todo el pueblo descansó y la segunda es que la fama hizo que vinieran muchos visitantes curiosos por la noticia de todas partes al pueblo pues querían poder visitar el lugar de los acontecimientos y el Alcalde muy astuto consiguió cobrar 2 euros por la visita de la casa de las hermanas Calatrava y cuya recaudación sirvió para muchos deterioros que tenía el lugar, con lo que las vengativas hermanas, al final fueron benefactoras del pueblo que tanto odiaban.

Y esta historia real o no, aquí la cuento, porque tal cual, así la siento.

La nota

Ana Gefaell

Aquí le dejo el cambio, hasta mañana -.

Manuel bajó el periódico, miró el reloj y apresuradamente apuró su taza de té. Recogía distraídamente las monedas que le había dejado el camarero, cuando vio una nota bajo el platillo del cambio.

Pasó todo el día de trabajo pensando en aquella extraña nota.

Era una nota anónima, escrita a mano, con muy mala caligrafía.

Entre unas y otras letras se descifraba un extraño mensaje:

“Te espero a las diez en el café de la Perla”.

Movido por el ansia de aventura y por su indiscutible sentido de la curiosidad, Manuel decidió prepararse para el acontecimiento. ¿Qué podía perder?

Cuando llegó a su casa se puso manos a la obra. Mientras se preparaba un té fue tomando notas en la mesa de la cocina. En realidad no sabía a quien tenía que buscar, si hombre o mujer, ni tampoco sabía su edad. Era consciente de que pudiera ser incluso que aquel sujeto no apareciera.

Volvió a ojear la nota por sacar conclusiones de lo que aquellas pocas palabras le sugerían.

Buscaba un ser de carácter distraído, simpático por naturaleza, desenfadado, honesto, vivaz, audaz, astuto...en fin. Al leer lo escrito se dio cuenta de que acababa de hacer una lista de lo que deseaba encontrar, pero esto no le desanimó a continuar con aquel ingenioso juego.

Manuel preparó con cuidado su atuendo de conquistador. Pantalones de sport, camisa de rallas y chaqueta. Arreglado pero informal, perfecto, pensó.

Llegó con tiempo de sobra al café, exultante e inquieto se sentó en una mesa pidió un té y comenzó leer su libro a la espera de los acontecimientos.

Pronto descubrió que lo que se suponía una cita, venía a ser un baile de pretendientes. Decenas de hombres con la mirada indecisa buscaban entre la gente. Fue repasándolos uno por uno, estudiando meticulosamente sus vacilantes movimientos que obviamente les delataban.

Desde las nueve y media se fueron sucediendo uno tras otro. Unos cohibidos, otros decididos, unos se dejaban ver y otros se ocultaban parcialmente al abrigo de periódico o un buen libro, como el suyo, para otear el panorama sin ser vistos. Ninguna mujer parecía coincidir con sus expectativas y por su parte, ellos tampoco parecían ser los elegidos.

Entonces Manuel cayó en la cuenta de la magnitud del juego y de lo difuso del mensaje. Para empezar, estaba claro que su nota no era la única que la anónima conquistadora había abandonado. ¿O era conquistador?

A las diez y media, en el café no se había producido ningún encuentro arriesgado. Cansado bajó su libro y con descaro buscó entre los rostros extraños, sin saber que buscaba, repasando concienzudamente todo el recinto. En aquel momento decidió firmemente que el conquistador no había acudido a la cita.

Se levantó para pasearse hasta el lavabo, dejando su té y su libro sobre la mesa, como señal de ocupado. Caminó lentamente con actitud distraída, pero observando.

Volvió a la mesa, mas relajado, convencido de que el encuentro no se iba a producir. Más cuando se acercaba vio otra nota sobre su libro “*si me estás buscando, sonríe*”.

Su mente reconoció al instante la astucia de su adversario, mientras se dibujaba una sonrisa en sus labios.

Se atusó el cabello con la mano y ladeó la cabeza, buscando sin saber a quién buscaba. Volvió a sentarse a la mesa y protegiéndose con el libro, continuó su búsqueda. La tensión se palpaba en su rostro y en sus temblorosas manos. El juego continuó unos minutos.

Un camarero se dirigió directamente a su mesa con un café cortado que no había pedido.

-¿Te importa?- dice una voz dulce a su espalda.

Al volverse, Manuel reconoció al instante la roja melena de su mujer que se insinuaba bajo un pañuelo de seda.

Su mujer le miró, casi llorando, con gesto iracundo. Tenían en sus ojos una mezcla de decepción y desencanto.

-¡¡¡ Hazme un favor, si piensas engañarme, no me dejes una nota sobre la mesa de la cocina, hombre!!!

Una mendiga de tantas

Maribel Sebastián

Lo último que hubiera imaginado es que con mis años, ahora me encontrase en una Residencia de Cáritas. Pero...me caí y me pillaron a traición. Iba despistada -y todo hay que decirlo- con una cogorza de campeonato. Bueno, lo aclararé un poco más:

Estuve más de tres horas a la puerta de la iglesia, pidiendo, como cada tarde. Unas motas minúsculas de algodón comenzaron a caer de los árboles y, hasta que una se depositó en mi roja nariz, no me di cuenta de que se trataba de nieve. Estábamos en noviembre y yo, entre misa y rosario, cruzaba al bar de Pepe a tomar un trago. La manzana que me compré en la frutería brillaba tanto como una estrella que se asomaba por el cielo azul eléctrico. Relamía esta fruta con sabor a sidra. Todos los días sacaba brillo a alguna, con la manga del chaquetón mugrienta y me la merendaba, mientras la gente elegante del barrio asistía a la misa de difuntos o a la novena del anochecer. Unas monedas se escabullían de mis rotos bolsillos para colocarse, -como si un mago las hubiese depositado allí-, en el mostrador de enfrente, pagando con puntualidad, el sol y sombra que yo bebía para entonarme.

Tiempo atrás, había conocido en la puerta de esa misma iglesia a un matrimonio todavía joven, que no se limitaba a darme una limosna, sino que desde el primer momento, me dedicaba una sonrisa y su conversación. A lo largo de los años hemos llegado a intimar; tanto es así que un día, no hace ni año y medio, les pedí un préstamo.

-Me vais a tratar de pedigüeño o cara dura -les dije con apuro-, pero necesito 200 euros. Ya os los daré cuando pueda.

Sin preguntarme para qué los necesitaba, entre los dos rebuscando en sus carteras, -yo sabía de sobra que marchaban bien económicamente-, me dieron sendos billetes.

Me alegré de no verme obligada a darles explicaciones de que los quería para enviárselos por correo a mi hija, desconocida para ellos. Nunca les confíé mi secreto, el abandono de esa hija por unas circunstancias complejas y angustiosas. Tal vez me habrían tenido lástima... quizás me hubiesen tachado de desalmada... no sé... quién sabe... El padre nos abandonó sin conocerla. La niña, pasado un tiempo, tampoco a mí me volvió a ver; aunque yo al menos, sin remite declarado, la mandaba de vez en cuando algún giro, y estaba al tanto de su trayectoria y de sus apuros. No con esto quiero disculpar mi mala vida, mis desatinos ni mi alcoholismo.

Aquel domingo, al terminar la Misa Mayor, lucía un sol bastante templado, a pesar de ser últimos de noviembre. Ya habían colocado los adornos de las Pascuas y las personas corrían con bolsas, a pesar de ser festivo, a casa de familiares para agradecer a todos con sus obsequios de turrón o golosinas. Los vi santiguarse al salir. Me acerqué.

-Esta tarde me pasaré por vuestra casa a veros. De paso, os devolveré los 200 euros.

-Bien, estupendo, -respondieron con júbilo. Tenemos turrón y cava. Tomaremos una copita. Ve pronto.

Después de invitarme y brindar, les dije:

-No os habréis creído lo de los 200 euros. Hoy es 28 de diciembre. ¡¡Inocentes!!
¡¡Inocentes!!

Nunca observé en nadie, semblante tan estupefacto.

-Escuchad: la gente siempre me ha gastado a mí las bromas pesadas, en el colegio, en mi adolescencia, y sobre todo ahora, cuando voy borracha. Así que hoy, lo siento, amigos. Os ha tocado el pato. Me marché sin darles más explicaciones.

Al cabo de unos días, en medio de la ansiedad de ludópatas llenos de aburrimiento disimulado, gané una línea espléndida en el Bingo y puse dos giros: uno a ellos y otro a mi hija Les quería demasiado para perder su amistad.

Hoy, ya todos con menos pelo y más canas, desde mi sala de la Residencia, aspiro el olor de mi manzana diaria y también el perfume de Lavanda que acaban de dejar tras su visita mis amigos de la iglesia.

El ascensor

Fuencisla López

En la sala de exposiciones del hotel había mucha gente, se estaba promocionando un artículo que era, según los vendedores, magnífico para la salud. La verdad es que era bastante rolló y hacía mucho calor, después de un buen rato decidí volver a la habitación.

En los ascensores del vestíbulo interior había menos gente, los huéspedes los usaban menos pero aún así hasta la quinta o sexta vez, no me tocó el turno.

Pulsé mi piso, el quinto, y alguien el cuarto. Al llegar al cuarto piso y por alguna razón desconocida y a la vez fantástica, el ascensor desembocó en el jardín que estaba frente a la puerta principal del hotel. Por allí se dio unas vueltas, ante el asombro de todos, y después dando marcha atrás se dirigió a una de las puertas del hotel.

De repente nos encontramos andando en el propio jardín que ahora era inmenso. Aparecieron unas chicas corriendo aterrizadas, estaban heridas, llevaban sangre en el rostro y en los brazos. Trataban de restañarla aplicando unos extraños trapos. Sin saber qué pasaba, seguimos a paso vivo hacia el hotel.

Entonces aparecieron unos cuantos chicos de aspecto desarrapado y casi patibulario con grandes cuchillos en las manos que nos amenazaban y se reían de una manera, tan siniestra que daba miedo. Comprendimos que el terror de las chicas se debía a ellos. Como pudimos corrimos sin parar pero los muchachos nos daban alcance.

Forcejeando con uno de ellos, se quedó en la mano con la chaqueta que yo llevaba echada sobre los hombros. A su vez yo conseguí asirle firmemente de una mano, tirando con fuerza, pues ya estaba llegando a la puerta del hotel, donde quería introducirle para que el personal de seguridad se hiciera cargo y le entregara a la policía.

Al traspasar la puerta del vestíbulo, noté que ya no “tiraba” de él, pero que sin embargo seguía sujetando su mano, miré, y aterrorizada comprobé que era una mano postiza. Él se había escapado.

Aquella prótesis era irreal y amenazadora, tenía el tacto normal de carne humana, pero además era autónoma, los dedos se movían tratando de aprisionarme. Traté de sacudirla contra el suelo, pero era como si se hubiera pegado a mí. En vez de tenerla yo a ella, ella me tenía a mí.

Mi cabeza ya no razonaba, el pánico se había adueñado de mí, los dedos de aquella mano inverosímil subían hacia mi garganta. Estaba agotada de forcejear. Poco a poco me dejé llevar. Luchar era mucho más cansado que cerrar los ojos y dejarme llevar. Este sueño irreal, y a la vez placentero me fue cada vez más grato.

Pero sin embargo, sin saber cómo, volví a luchar. No podía dejar que algo desconocido me venciera, que hundiera en la nada mi vida y mis ganas de seguir adelante. Había que sobreponerse, sacar fuerzas y luchar hasta el final contra aquel sin sentido que me atenazaba. Tenía las fuerzas al límite, pero en mi fuero interno sabía que no me podrían

vencer. Una débil luz de esperanza se abrió camino entre el pánico. Cuando me derrumbaba hacia el suelo del vestíbulo del hotel, pensé que alguien acudía en mi ayuda. No sabía si era real o una parte más de la locura que me rodeaba.

Carta a Teresa

M^a Antonia Saorí

Querida Teresa:

Llevo varios días intentando decirte algo y no consigo encontrar el momento, por eso, y porque no podemos retrasarlo más, te dejo esta carta.

Perdóname por haber adelantado tu despertador, no se si ya te habrás dado cuenta, pero cariño, tenía que asegurarme de que tuvieras tiempo para leerla con atención, pues creo que este asunto es de suma importancia para los dos.

Te contaré primero que todo empezó el martes, cuando estaba buscando un hueco en mi agenda me salto de repente el 14 de febrero. No se si te acuerdas, Teresa, pero el año pasado olvidamos celebrarlo. Para que no nos pase de nuevo, verás que en el calendario que cuelga en la cocina, junto a la nevera, he rodeado la fecha con un corazón rojo. Puede que te parezca un poco infantil, e impropio de un hombre de mi edad, pero no he tenido más remedio que hacerlo. Más tarde entenderás porque.

Como te iba diciendo, cuando aparecieron aquellos números en la pantalla del ordenador, decidí que teníamos que hacer algo especial, los dos solos, acompañados, eso sí, de nuestro amor. Fui entonces a cogerlo donde lo había visto la última vez, en la cómoda, dentro del joyero, enroscado entre tu anillo y el mío, los de la boda, los que nunca nos ponemos, pero no estaba.

Preocupado comencé a buscarlo por toda la casa, miré bajo las alfombras, en los rincones del armario, detrás de las mesillas, hasta abrí las cajas del maletero. Pero tampoco estaba allí, ni detrás de las fotografías enmarcadas, ni oculto en los cojines del sofá donde siempre perdemos el mando del televisor.

Te diré que había montones de pelusas en el despacho, junto al baúl. Pero no te preocupes, ya las limpié bien, y también recogí una araña en el baño pequeño.

Fue aquí donde encontré la primera pista, era una huella de color carmín, parecía reciente y por eso corrí tras su rastro. Me llevó hasta el macizo de rosas, el que rodea la fuente que hay junto al portal. Rebusqué entre las hojas, me pinché con sus espinas, escarbé en sus raíces. Descubrí muchos amores abandonados que se iban apagando poco a poco. El jardinero me dijo que acudían a morir allí, yo le expliqué como era el nuestro, pequeño, sonrosado, suave y me contestó que creía haberlo visto saltando con los gatos que duermen junto a los cubos de basura. Como imaginarás, no me parece nada bueno que nuestro amor ande por ahí con esas compañías.

Esa tarde, ya desesperado, intenté conjurarlo por su nombre, aquí en nuestra cama, repitiendo una y otra vez, te quiero, te quiero, te quiero..., pero tuve que callar de pronto porque me di cuenta que las palabras poco a poco estaban perdiendo su sentido.

Como habrás visto Teresa, la situación es muy grave y necesito tu ayuda ¿Recuerdas cuantas veces has tenido que ir a la cocina para sacar, como por arte de magia, el paquete de

arroz del armario cuando yo no conseguía encontrarlo? Ocurría aquellos domingos en los que hacía la paella y comíamos juntos. Por eso he pensado que entre los dos podemos hallar su escondite. Te espero esta tarde, día 14, junto al calendario, en la cocina, con los últimos rayos de sol. Me he permitido grabar una alarma en tu móvil para que así no lo olvides.

Yo llevaré un gran ramo de rosas rojas y tú, ponte aquel vestido blanco, con el que fuiste hace tres años a pasear en las barcas del Retiro.

Esta vez buscaremos nuestro amor juntos, con ahínco, sin desaliento. Quizás entonces aparezca enredado en tu pelo, oculto en mis ojos, columpiándose en tu cuello, o tal vez me lo tropiece en tus manos, entre tus dedos. No se bien.

Ahora ya me despido Teresa. Besos.

Francisco.

Campanas de boda

José Mampel

Juan, dice mi madre que ayer habló con la jefa del Casino y que tiene libre la segunda quincena de mayo para la fiesta de nuestra boda.

-Estupendo, cariño. – Cada respuesta la remoja con un beso.

-Oye, todavía no hemos terminado la lista de invitados.

-Eso no es problema, Rosa. –Levanta un dedo y, en tono admonitorio, añade:- Lo que sí corre prisa, tal como habíamos quedado, es hacernos una analítica general. ¡Los dos!

-¿Sigues con eso, cariño?

-Ya sabes que es una obsesión mía. Antes de iniciar una vida nueva, y antes de engendrar vidas nuevas, quiero comprobar que todo está perfecto. No admito sorpresas en este campo. Por eso creo necesario que nos hagan un análisis.

-Vale, Juan. Lo que tú digas. –Se acerca para hacerle una carantoña-. Mira, esta noche hablaré con mi prima Loli, que ya sabes que es enfermera del Hospital Comarcal. Ella nos lo arreglará todo y rápido.

Juan, tras regar a su novia con una untosa ración de arrumacos, se despidió hasta el día siguiente.

-Juan, cariño –le remata Rosa en el último momento-, no te olvides de que mañana, domingo, tienes que venir a comer a mi casa. Mamá va a hacer, en honor tuyo, una espléndida fideuá según la receta de tu abuela de Alicante.

-No faltaré, descuida.

Todavía añadió Juan desde la esquina:

-Perdona, chati, pero mi abuela no es de Alicante, sino de Gandia, que es la cuna de la fideuá.

-Usted perdone, caballero.

-Adiós. Hasta mañana.

Al cabo de quince días, Juan y Rosa estaban merendando en casa de ella, junto a sus padres, cuando llamaron a la puerta. La madre de Rosa se levantó y, al cabo de unos segundos, regresó seguida de la prima de Loli.

-Hija, es tu prima que trae el resultado de vuestros análisis.- se dirige hacia Juan y le recrimina en aparente enfado:- ¡Qué manía la tuya, yerno! Pero si no hay más que miraros a la cara a los dos.

-Hola, Loli, querida –Besos reglamentarios de todos-. Mil gracias. Eres muy amable.

-Sin tu mediación – observa Juan-, seguro que hubiéramos tardado dos meses en tener los análisis- Añade con evidente ansiedad:- Bueno, ¿y que tal los análisis? Vamos a ver el resultado, prima.

Loli, con profesional parsimonia, saca de un sobre grande sendas hojas, y dice:

-Este es el tuyo, Rosa. -Tras echarle una innecesaria mirada, exclama muy sonriente:
: Prima, estás más sana que la manzana más sana de la huerta de Valencia. Seguro que vas a tener unos hijos como soles.

-¿Y el mío? -dice apresurado Juan.

-¿El tuyo? Vamos a ver. -Mucha parsimonia-. Aquí todo está bien... menos la glucosa, 145, un poco alta. El tope máximo está en 120.

Juan salta como impulsado por un muelle y, casi conmocionado, exclama:

-¿Veis? Me lo temía -Se restriega las manos y dice muy resolutivo-: Lo siento, pero hay que aplazar la boda.

-¡Pero Juan, cariño! Sólo son unos gramitos de más.

-Estoy enfermo, ya lo habéis oído. Por tanto, no puede haber boda en la fecha proyectada.

Rosa se abraza a su madre y estalla en una llantina diluviana.

-Calma, Juan -interviene la enfermera-. Mira, sé muy bien que cualquier cosa que yo pueda decirte, no va a convencerte. Por tanto te propongo que acudas a un médico experimentado. Le expones tus miedos y preocupaciones, y luego decides en consecuencia. Mañana mismo concertaré una cita con el doctor Dulcesol. Es muy simpático.

-De acuerdo. Creo que es lo más acertado.

Al cabo de una semana, y ante toda la familia reunida, Juan expuso con gran firmeza:

-Bueno, tranquilos. Después de todo lo que me dijo el doctor, he decidido que voy a casarme.

Jolgorio general entre todos los presentes. Rosa se abraza a Juan y se lo come a besos.

-Naturalmente. Os confieso que este médico es un cachondo. Me ha dicho, literalmente, que la diabetes es como tener una verruga en la punta de la nariz: es antiestética y molesta un poco. Pero se puede vivir tranquilamente con ella.

-¿Y no te ha dado ningún tratamiento? -Ahora es la futura suegra la interesada.

-Bueno, sí. Debo tomar sacarina y tres pastillas diarias. ¡Ah! Y ha añadido que tengo que borrar de mi diccionario culinario la palabra “pastelería”.

Juan adopta ahora una actitud de aparente seriedad y se dirige a Loli en tono manifiestamente jocoso:

-Oye, prima, tú que lo sabes casi todo. Ahora que lo pienso: todavía me queda una duda vital antes de poder casarme.

-Dime, primo.

-¿Pueden los diabéticos ir de luna de miel?

Juan Miguel Mirabal

David Mora

XVI

El sueño, la realidad
el sentimiento más profundo
El que hace opacar las fronteras
donde se yergue el alma desnuda
con miedo a ser devorada

Dejar agotadas las manos y los ojos
antes de compartir las llamas
de aquel pequeño infierno
en el que lo importante
en ese momento
no era volver...

Frente a sus ojos una calle inmensa, interminable, inquebrantable, Una calle eterna
pintada de luces y colores, cubierta toda ella por los rayos mortecinos de un sol implacable

Mientras caminaba por ella, Don Juan Miguel Mirabal, pensaba que todo había sido
un sueño. Nada era real cuando despertó esa mañana en su cama y vio aquel cuerpo frío y sin
vida.

El pensamiento, su pensamiento, se agitaba, removía y retorció como un demonio
dentro de sus entrañas. Llevándole de la mano como a un niño pequeño directo al infierno.
¿Como averiguar el nombre de aquel rostro sin alma, que en silencio, contemplaba esta
mañana como un muro? ¿Sería posible encontrar en el sueño los restos, las sombras, los
desposos de los muertos? Quien era aquel y por que le preocupaba tanto.

Desde hacía unos días no tenía más imagen en su desnuda cabeza. Solo aquel
semblante mortuorio y descompuesto de aquel fantasma instalado en alma. Todo lleno de
gusanos y de pútridas vísceras malolientes que regurgitaban sobres sus sábanas de seda
blanca.

Durante un tiempo indefinido ¿un día, una semana, o un mes? no pudo acercarse
tan siquiera a la calle donde habitaba. ¿Sería un sueño, solo un sueño y nada mas que un
sueño?... , quizás, una broma macabra, o era algo mucho más serio. ¿Pero el que?

Por temor a que en un momento dado pudiera encontrarse frente al abismo ciego de
la demencia, de donde solo se sale con los pies por delante, no se atrevió a indagar más en el

tema. No fuera a ser que al final descubriera el enigma de tan macabro y secreto asunto. ¿Podiera ser a caso una inocentada perpetrada por su mujer y sus hijos? No tenía sentido. Demasiado ácido para su humor tempranero y soso. Creo que nunca llegaría a saberlo, si no fuera por aquel instinto suicida que le acompañaba ya desde pequeño. Como un vagabundo sin esperanza camino por la angosta ciudad invadida por los coches y las gentes sin alma. Personas todas ellas que iban y venían como sonámbulos, como muertos en vida, sin mayor pretensión que la de engordar su estúpido ego. Llegó a la cafetería de siempre y pidió un cruasán con leche templadita. Al ver que nadie le hacía caso, se marchó pensando que el camarero debía de estar confabulado con la inmundicia humana que apestaba las calles.

Cansado de ser un espejismo en tierra de nadie, se fue a pasear por su querido y añorado parque. Se sentó en un banco de madera junto a un hombre que leía un libro muy gordo encuadernado en cuero marrón. Durante unos instantes se le quedó mirando. Tras vacilar un rato, le tendió la mano diciendo.- hola soy Juan Miguel Mirabal, ¿y usted? Al ver que el hombre no le respondía, se levantó asqueado lanzando improperios de profunda insatisfacción y de rabia.

La inutilidad, la impotencia que sentía en ese momento estaba haciendo que el sol lúcido de la mañana poco a poco se fuera escondiendo entre las densas nubes que agitan los árboles antes de descargar la tormenta. Por vergüenza no quiso, o no pudo romper a llorar. Se sentía tan abandonado en ese momento..., que ya a solo deseaba una sola cosa.

Sin atreverse a formular la idea de forma clara, optó por olvidarse de nuevo de sí mismo. Caminó más allá de la luna y las estrellas, hasta que al fin un chispazo, un suerte o un algo, más bien indefinido e incomprensible, le llevo de nuevo al portal de su casa. Cruzó el umbral de la puerta como aquel condenado a muerte que sin resistir la miseria de este maldito mundo, aun tiene una sonrisa para esbozar a su verdugo antes de marchar hacia ninguna parte.

Se detuvo y observó el largo rellano de mármol que le llevaba directo a su casa. Acarició con su mano derecha su pulido tacto su frío incandescente, pero no sintió nada. Quizás un brote ligero de amargura recorrió su boca haciendo de su estado una nausea completa, un malestar indefinido que por algún motivo sabía a sangre, a vómito, a estercolero. Sin esfuerzo abrió la puerta de entrada de su casa. La luz desbordante y pura golpeó sus ojos, dejándoles por un momento a ciegas. Un paso, dos pasos, su cuerpo comenzó a temblar, a convulsionarse, a gritar. Sin ánimo para conversar con sus propios estímulos continuó directo a su cuarto. Tres, cuatro, cinco pasos más. Ahora tenía enfrente la entrada de su cuarto cubierta toda ella de una niebla casi invisible que le invitaba a marcharse. Pero su curiosidad era tan grande que no pudo hacerlo. Caminó un poco más hasta llegar a los pies de su cama cubierta por una tela de seda blanca. Juntó las fuertes necesarias y alzó la vista para encontrarse con su propio cuerpo ya muerto, descompuesto, carcomido por una infinidad de gusanos. Bajó la mirada, y al fin comprendió que para él, el sueño había terminado.

La fama

María Luisa López

La fama no es algo que se pueda comprar, ni alquilar, uno se hace famoso por hechos puntuales o por una trayectoria de un trabajo muy específico.

La fama siempre va acompañada o precedida por unos acontecimientos que pueden venir forzados por nuestro esfuerzo o por unos hechos ajenos a nosotros y en los que nos vemos envueltos casualmente, pero siempre provoca en nosotros la sensación de éxito, eso que buscamos casi desde el nacimiento, pues nos hace vernos bien mirados por el resto del mundo. Según la medida de nuestro éxito nos sentimos que hemos realizado nuestra vida en forma más positiva o que nos ha faltado algo por lograr.

Por eso la fama, que nos llega sin que nosotros trabajemos por ella, parece que nos encumbra al mundo de una manera ficticia y no nos sentimos demasiado satisfechos, nos obliga a tomar unas posiciones que no tenemos controladas, de ahí que yo, que no había buscado la fama, sino el éxito en pequeños deseos, me viniera todo un poco grande.

Me había conformado con un éxito a nivel básico, lo podríamos considerar éxito en la mayoría de los que pasamos por este mundo.

- Dejar de mearse a los 3 años.
- Tener amigo a los 12
- Sacarse el carné de conducir a los 18
- Conseguir una posición y un buen sueldo a los 35
- Tener relaciones sociales a los 60
- Seguir teniendo amigos a los 70
- A los 80 conseguir “no mearse”

En eso estaba, y consideraba que había tenido una vida exitosa, según los cánones mas normales, pues bien, entonces me alcanzo la fama, eso era muchos más que el éxito, yo por entonces veía la tele, bastante, y cualquier famoso en la tele, era alguien reconocido en la calle, que le llovían formas de ganar dinero, aunque desde fuera parecía un circo, al menos para mí que no entendía bien como podían entenderse ni porque eran famosos, solo hablaban de todo y sin mucho orden, tanto jaleo organizaban que yo, la mayoría de las veces, no comprendía nada, también era cierto que mi edad me alejaba de la realidad del momento.

Tenía 80 años y vivía en el más absoluto anonimato, de hecho ya casi nunca me enteraba de casi nada, pues me empezaba a afectar ese mal moderno llamado alzheimer, y cada día estaba más perdido.

Mis hijos en su afán de no dejar ninguna tecla por tocar para mi mejoría, me apuntaron a un tratamiento experimental, y ah! milagro al cabo de un corto tiempo de hacer de cobaya, resulto que mi perdida capacidad se recuperaba, pero no solo a un nivel acorde con mi edad, no, sino que mi capacidad era mucho mayor, tenía un memoria prodigiosa, era capaz de recordad perfectamente cualquier conversación que oyera y oía muy bien, ahora no

perdía nada que quisiera oír, ya que mi oído también había mejorado, y lo entendía todo hasta lo no entendible.

Total que en un corto espacio de tiempo mejoraba mucho más de lo previsto y por lo que parecía el proceso era imparable, empezaba a ser un joven ávido de sabiduría pero eso si mi físico no había mejorado, por ello tenía el aspecto de un anciano, no muy bien parecido.

Aquí surgió **la Fama**, todo el mundo se entero del experimento, la medicina había conseguido unos logros, todos los medios se hacían eco de la noticia, toda la prensa, las revistas, todos querían conocerme y yo encantado, era Famoso, pero mi aspecto no acorde con mis otras facultades, me mantenía encerrado, no me sentía capaz de salir a demostrar lo maravilloso del experimento, con el aspecto de un anciano, como había visto en esos maravillosos medios de comunicación, necesitaba un físico.

La fama me había llegado tarde, pero yo la quería, que podía hacer, esa fama precisaba de un aspecto físico mejor.

Me preguntaba cómo podría mejorar mi presencia, la fama me reclamaba y yo me exigía una presencia, no podía presentarme entre aquellos famosos, todos guapos, fuertes, musculosos, yo me sentía horrible. Que podía hacer, no podía aparecer así, y la fama me perseguía, y yo quería brillar con ella, ¿pero como? Entonces con mi prodigiosa cabeza que poseía gracias a la medicina, solicite en contra de toda mi familia, que me arreglaran también el aspecto físico y busque un gran cirujano, que por supuesto estuvo encantado con arreglar al famoso anciano con mente prodigiosa, a él también le alcanzaría la fama al dejarme joven y estirado.

Ah, la fama, en eras de ella funcionamos demasiadas veces, nos olvidamos de quien somos y de para que estamos aquí y que queremos de nuestra vida.

Me operaron, claro que necesitaba muchos arreglos, y, como en esos concursos de cambio Vd. su vida cambiando su aspecto, allí fui yo, y si me cambiaron.

Algo salió mal, claro mi mente tenía una medicación, sin contrastar, yo tenía más de 80 años. En fin adiós, me quede en la operación, pero eso si, estaba estirado.

Y por fin, fui famoso, cantidades de gente que no conocía se amontonaron para ver al famoso anciano rejuvenecido.

IRONIAS DE LA VIDA, FUI UN MUERTO FAMOSO.

Un piso en alquiler

Charo Martínez

El paraguas describió medio círculo en el aire cuando Chelo lo rescató del fondo del armario. Cogió la gabardina al vuelo y salió con prisas. Su sobrina la esperaba en el portal de un edificio señorial en pleno barrio de Retiro. El cartel en un balcón del primer piso anunciaba: SE ALQUILA.

El portero se presta a contestar algunas preguntas.

—Si señora, el dueño ha muerto hace apenas tres meses. Ahora, su sobrino, único heredero, ha decidido alquilarlo. Eso no es lo que quería el señor. Él no quería extraños en su casa. Pero... ya sabe.

—¿Se alquila vacío?

—Sí, tienen muebles de mucho valor. ¿Cómo le diría yo? Pues como de tienda de antigüedades, para que me entiendan... Se los llevan, eso seguro. Pueden subir ahora, está el sobrino del señor.

Las dos mujeres son recibidas por el sobrino del difunto: un hombre delgado, de gran estatura y bigotito recortado. Unos ojos extraviados las miran a oleadas.

Les anticipa que consta de un amplio vestíbulo, del que parten las piezas principales: el despacho, la biblioteca, salón y comedor. Un corredor al fondo y a ambos lados los dormitorios con baños privados. Dando a un patio interior está la cocina y la zona de servicio.

Chelo hace una mueca de desagrado y advierte a su sobrina del olor tan rancio que produce una mala ventilación. En voz baja da su veredicto: “Huele a panteón”.

Desde el vestíbulo, una puerta da acceso al despacho del difunto. Comienza la visita. Salas con techos altísimos, puertas que chirrían, ventanas que no encajan y esa falta de luz...El recorrido se les hace interminable.

Un reloj de pared da siete campanadas huecas que retumban contundentes, como siete sentencias. Sienten frío. Es un noviembre lluvioso.

Se paran simulando contemplar el retrato de una dama. Aprovechan para intercambiar miradas y palabras.

—No, no es esto lo que busco — le comenta su sobrina con disimulo.

—Quita, quita. Traes aquí a tus preciosos niños y les crecen los colmillos. Esta casa es inhabitable. Vamos a echar un vistazo, por curiosidad. Ya que estamos...

Al llegar a la biblioteca, Chelo fija su atención en unos libros que hay encima de una mesa escritorio. El primero a la vista es “Frankenstein” de Mary Shelley. Lo coge con aire curioso.

— ¡Qué casualidad!— dice. Es el mismo libro que estoy leyendo y, además, la misma edición valenciana de finales del siglo XIX...

–Si tú lo dices, que eres la experta en literatura – contesta su sobrina.

–Chiss, baja la voz. Y además... mira... el marcador... Yo también dejé anoche la lectura en la página 70...

–Anda, tía, tú y tus brujerías. Mira que te gustan los pálpitos y las premoniciones.

–Adela, Adela,... el de abajo... el de abajo... Nuestra Señora de Paris... Es el último que acabo de leer... que sí, que sí... ¡no me mires así! Esta casa necesita un repaso. Quiero decir que hay fuerzas extrañas que he estado notando desde que entramos. Seguro que tú ni te has dado cuenta, ¿verdad? Oye, vámonos de aquí. Anda, despídete del sobrino. Al fin y al cabo eres tú la que quieres alquilar. Mírale, allí quieto, parece una estatua candelabro.

–Yo también estoy un poco agobiada. Esto es como un museo con polvo de siglos... Y este tío, glorificando todo... con los ojos en blanco, como en trance. ¡Si supiera que estamos deseando marcharnos!

Cuando salen a la calle todavía están sobrecogidas por aquel ambiente sombrío y cargado. Necesitan respirar aire más saludable. Deciden entrar en una cafetería. Al instante, Chelo se da cuenta de que ha dejado olvidado el paraguas en el vestíbulo de aquella casa. Se dirige a su sobrina:

–Maldita la gracia que me hace, pero tengo que volver. Espérame aquí, no tardo nada.

Es una vieja criada la que esta vez abre la puerta. Hace pasar a Chelo y va en busca del paraguas. Ella lo había dejado apoyado en un mueble del vestíbulo, pero allí ya no está.

Ve cómo la criada desaparece con parsimonia por el largo pasillo hacia el interior de la casa. Unas palabras susurradas como una letanía llegan desde aquella dirección. Afina el oído. La biblioteca tiene otra puerta que comunica con el corredor del fondo. De allí provienen las voces apagadas.

– ¿Cuándo vienen los próximos?– es la frase apenas audible.

–Dentro de dos días. Eso dijo su sobrino. Ella está viuda desde hace ocho años...

Llena de curiosidad, Chelo asoma la cabeza por la puerta entreabierta de la biblioteca que da al vestíbulo. Se adentra unos pasos. Con asombro, comprueba que los libros han desaparecido de encima de la mesa. Su lugar lo ocupa ahora una fotografía de boda. Tiene que taparse la boca para no lanzar un grito.

Sale al vestíbulo aturdida, murmurando: ¡la viuda, la viuda es la próxima visitante del piso! Y se encontrará con esa fotografía rancia... ¡qué espeluznante!

Se escuchan pasos por el corredor. Suenan como sacos de arena arrastrados por el suelo de madera. A los pocos instantes aparece la vieja criada de cara cenicienta. Trae su paraguas entre las manos de venas abultadas, como ríos con afluentes.

Ya tiene el paraguas, ya pasó todo. Sale a la calle y aspira profundamente. “¡Hasta el aire parecía estar húmedo en aquella casa!”

De vuelta a la cafetería, Chelo cuenta atropelladamente a su sobrina el incidente de la fotografía. Increíble. A menos que lo que pretendan sea justamente...

–Sí que es raro. Gente extravagante. La casa parece el tren de la bruja, sólo faltan los raíles. Y no hablemos del sobrino: ese no tiene un pase. Con el pantalón de montar a caballo y las zapatillas con escudo... ¡vaya figurín!

—No te desanimes. No es tan fácil encontrar un piso en alquiler.

Un té rápido y unas palabras de despedida. Quiere llegar a casa pronto.

Deja la gabardina y el paraguas encima de una butaca y lo primero que hace es comprobar que sus libros están en la librería, en el mismo lugar y en el mismo orden en que ella los dejó. Respira aliviada: todo ha sido una coincidencia... o una alucinación. Coge el libro de Mary Shelley. Lo mira, lo abraza, desliza su mano por la portada casi con arrobó. Ya ocupa de nuevo su lugar en la estantería. Pero algo llama su atención: una nota, apenas perceptible, sobresale en la página número 70. Escrito con letra irregular e insegura se podía leer:

“Nunca fue mi intención interrumpir su lectura”

Todo empezó con una palomita. En nuestra familia entendemos por una palomita lo siguiente: una copita de anís con un pelín de agua. Era mágico, otra vez esa palabra, ver cómo dos líquidos incoloros se teñían de blanco al mezclarse.

¿Habéis probado alguna vez esa mezcla?

En invierno, muchos días que hacía bueno, íbamos mi abuela, mi madre y yo a pasear por el camino que conduce a la colonia de Mingorrubio, situada a unos pocos kilómetros de nuestra casa. Íbamos por la tapia de palacio, por donde daba el sol de plano y que protegía del frío.

Ya llegábamos a casa de Elisa, cuando ella aguardaba a la puerta, sonrisa pintada en la cara. Parecía que hubiese estado esperando allí todo el día. No sabría deciros cómo era su casa. No lo puedo recordar, salvo que tenía un jardín por delante y otro, más pequeño, en la parte posterior, y que estaba al ladito mismo del río. Al norte, la sierra. Al sur, el pueblo. Al este, la Casita del Príncipe.

Y dentro, las cuatro.

Empezaba la cháchara, acompañada de la famosa palomita y algún dulce. El tono distendido, nunca hubo malos humos en casa de Elisa.

Al entrar en su casa, encontrábamos su timbre de voz característico, que no ha perdido con los años. Siempre un jarrón con flores en su casa, o varios. Sus ojos claros, su nariz larga y labios delgados.

Durante años, Elisa permaneció soltera, pero un buen día se casó. Su caballero, tranquilo y buena gente, encontró en ella justamente lo que llamamos media naranja. Si le preguntamos a ella, estoy segura de que nos diría lo mismo.

Luchadora y trabajadora, valiente y amable*.

Ha pasado el tiempo, muchos años. Su cabello es de un blanco tan uniforme, con un brillo tan particular, que sería un error teñirlo.

Todos hemos perdido gente en el camino. Faltan personas en nuestras familias, en nuestras vidas. En la tertulia, ya no hay tres, hay dos.

Escucho -con la consciencia de un adulto ahora- la conversación de ella y mi madre. Recuerdan, cómo no, los tiempos pasados, “¿te acuerdas de...?”, repiten cada dos por tres.

Y transcurre la tarde entre sonrisas, risas, suspiros, varios “qué pena” o “qué barbaridad” y un final extraordinariamente feliz: “hasta mañana”.

*(Espero que no me oiga, creería que le hago la pelota)

Algo diferente

María Luisa de León

Alfonso siempre supo de su existencia. En ocasiones había transitado por la profundidad de sus oscuros pasillos, buscando desesperadamente un brocal por donde escapar del pozo en el que con demasiada frecuencia entraba y salía. Su carácter flemático no siempre era comprendido. La personalidad pusilánime y excesiva timidez sublevaban a Encarna, su madre, que se resistía a aceptar el funcionamiento emocional de Alfonso y la disposición de este ante la vida, siendo habituales, los duros sermones que tanto mortificaban al muchacho. Según Encarna todo obedecía a la holgazanería y esta, no tenía cabida en un mundo competitivo. La comparación con su hermano era también algo cotidiano y aunque lo tenía asumido, esa noche especialmente le dolió.

– ¡Mira! Fran ha conseguido que le nombren subdirector de la empresa. Pero no pienses que a tu hermano le ha sido fácil. El trabajo y el ahínco dan sus frutos. Él no se duerme, ni tampoco su chica, que ha sido ascendida a jefe de departamento. Yo te aseguro que si fuera Daniela, ya te habría dejado.

Esta última frase que su madre le dedicaba repetida tantas y tantas veces, se había hecho realidad y, como una premonición, hoy Daniela le decía adiós después de seis meses de relación.

La angustia no permitía a Alfonso conciliar el sueño

– Mamá tiene razón – musitaba entre dientes – pero no puedo, o no sé qué hacer. Quizá en el fondo me niego a seguir los patrones establecidos condicionantes para triunfar en la vida, como lo ha hecho mi hermano y la mayoría de mis amigos. Yo estoy fuera de la realidad. No tengo futuro. Lo sé. Me siento culpable de haber decepcionado a Daniela y especialmente a mamá, que había puesto tantas ilusiones en mí. No soy más que un pobre inútil acomodado tras su débil carácter para no hacer nada.

La autoestima de Alfonso descendía por momentos, amenazando la temida depresión. Así que recurrió a la pastilla y, al poco, el sueño le venció. Sin embargo despertó bruscamente. En realidad solo se trataba del murmullo de la conversación que Fran mantenía con su madre mientras esta le preparaba el desayuno. El repicar de la loza unido al emitido por el aparato de radio que nadie parecía escuchar, salpicaban su cerebro como notas disonantes en una estridente sinfonía protagonizada por metales. Alfonso ya estaba acostumbrado. Era algo tan habitual como el sonido dulce de la voz de su madre cuando esta se dirigía a Fran para decirle:

– Ya te ibas sin darme un beso.

Mientras él contestaba:

– Pero mamá recuerda que ya soy mayorcito.

– Siempre serás mi niño – añadía Encarna.

La luz proveniente de la ventana entraba con torpeza en el dormitorio de Alfonso. Posiblemente por el gris de una mañana de invierno. Desde esta se divisaba el mar con suaves destellos plateados y el muchacho se sintió en sintonía con el triste amanecer. Comenzó entonces su momento de aseo. Ya no se oían voces ni ruidos. – Mamá – se dijo – estará en su dormitorio.

Se dirigió despacio a la cocina para prepararse el desayuno. Pero Encarna, era obstinada y saliéndole al encuentro le dedicó un sinfín de reproches, creyendo que así le haría reaccionar. Esa mañana sus severas palabras, fueron especialmente duras.

– ¿Cómo puedes ser tan holgazán? Te conformas con unas horas de trabajo con el que ganas una miseria. Si no fuera por mí serías un desgraciado muerto de hambre. Es muy cómodo lo de comer a la sopa boba. ¿Es que no tienes sangre en las venas? ¿Y tu futuro? Tanto dinero gastado en proporcionarte unos estudios ¿Qué será de tí? Has cumplido veintisiete años. Yo a tu edad me comía el mundo. Además de cuidarme de vosotros trabajaba para daros una vida mejor. Tu padre que en paz descansa era ambicioso y se preocupaba de ascender en su trabajo. ¿A quién te parecerás? Desde luego a ninguno de nosotros.

Alfonso vio salir de la cocina a su madre muy disgustada. Como casi siempre que se dirigía a él y, como en otras tantas ocasiones no supo que decir. Se había preparado un café. Pero fue incapaz de tomarlo, tan solo bebió un vaso de agua que tragó con dificultad. Se dirigió hacia la puerta de la calle y al pasar junto a su madre, apenas esbozó un tímido “Me voy mamá” Escuchando como contestación un frío “Adiós”.

Alfonso caminaba despacio, era su forma de ser. No tenía nada en común con el mundo apresurado que desfilaba ante él y que observaba con indiferencia. El cielo encapotado, le ayudaba a respirar. Había llegado a su lugar de trabajo sin apenas percatarse de ello. En realidad estaba pocos metros de su casa.

– Todavía es temprano – pensó – Tengo suficiente tiempo para dar una vuelta por el acantilado. Me gusta el cielo gris sobre todo cuando se funde con el mar en el horizonte.

Alfonso se sentó en lo alto de una roca. Había comenzado a llover.

– Parece que el cielo adolece de melancolía y derrama sus lágrimas sobre las agitadas aguas – pensaba Alfonso mientras la tristeza de sus ojos comenzaba a desaparecer. – Me gustaría ser músico para componer una alegre sinfonía, con el sonido acompasado y rimbombante de las gotas al chocar con la inmensidad del mar. ¡Es fantástico! Contemplar la fuerza y bravura de esas violentas olas estrellándose contra las rocas. Y esparciendo sus perlas blancas en todas direcciones. ¡Qué bien se respira aquí! ¡Me siento tan feliz!

Encarna acelerada como siempre se afanaba en los quehaceres del hogar, estaba inquieta y no conseguía concentrarse en su trabajo.

– Vaya casi quemó la camisa de Fran. Esta mañana apenas me ha cundido. Todavía no he pasado el aspirador y pronto será la una. ¡Estos nervios! ¡Que desazón! Será el estrés. ¡Y ahora suena el timbre! Que visita más inoportuna. Iré a abrir.

Encarna se desprendió del delantal dirigiéndose a la puerta. Tras ella aparecieron dos hombres. Uno de ellos dejaba ver entre sus brazos un abrigo que la mujer reconoció enseguida.

– ¿Es usted la madre de Alfonso Peña?

– La mujer palideció y de un tirón arrancó el abrigo de los brazos del agente.

– ¿Qué le ha pasado a mi hijo? ¿Dónde está? ¡Por favor díganme...!

Las últimas palabras, débiles y entrecortadas, se ahogaban en la garganta de la mujer y le pareció una eternidad los breves segundos que tardaron en pronunciar las más terribles palabras que jamás habría podido imaginar.

– Señora, somos policías. Unos excursionistas han encontrado este abrigo en lo alto de una roca. Aquí está la documentación que había en él.

La voz del agente era grave.

– ¡Por favor señora siéntese! ¿Está sola? ¿Quiere que llamemos a alguien?, intente tranquilizarse. Verá. Esta nota ha aparecido en uno de sus bolsillos.

Encarna hondamente trastornada arrebató el papel de las manos del agente y temblorosa lo desdobló. Estaba húmedo, y las letras ligeramente corridas, pero se podía leer con meridiana claridad.

-No os preocupéis por mí. Ahora soy feliz. He encontrado el camino y por fin tomo una decisión. Voy al encuentro de mi futuro en el maravilloso universo del mar. Sus olas me acompañarán por toda la eternidad proporcionándome la paz tantas veces deseada.

Imanol desayunó con tranquilidad y después despertó a los niños. Aquel día no tenía que ir a la oficina y podía encargarse tranquilamente de llevarles al colegio antes de ir a la capital. Unos clientes llevaban varios días reclamando que alguien les ayudara en la instalación de las nuevas aplicaciones que les habían vendido, e Imanol era el más apropiado ya que se había encargado de desarrollarlas. No tenía prisa, no le esperaban hasta las once y media y la capital estaba a apenas cuarenta y cinco minutos a esas horas. Recogió los platos del desayuno de los críos y pegó un post-it a la nevera avisando a su mujer que quizá se entretuviera un poco en la capital en función de la torpeza de los clientes. A las diez menos poco dejó a los niños en la puerta de la escuela y se acercó paseando hasta dónde había dejado el coche aparcado la noche anterior. El viaje fue tranquilo y llegó con mucho adelanto al edificio de sus clientes así que decidió tomar un café en un bar cercano para matar el tiempo. Al poco de sentarse entró un grupo de gente, entre ellos se encontraba Teresa. Teresa y él habían sido novios durante seis años hace mucho tiempo y ya ni siquiera recordaba porque había acabado aquella historia; quizá por la inmadurez de los dos o por cierta apatía para decidir a donde debían dirigir aquella relación. Imanol se acercó a saludarla pero ella se adelantó al verle.

-Imanol, ¡cuánto tiempo!, desde que me vine a la capital no había vuelto a coincidir contigo en ningún lado.

-¿Qué tal te va, Teresa?

-Bien, bien, llevo unos meses trabajando en una empresa aquí al lado y en septiembre me caso, va todo un poco rápido la verdad, hará sólo un año que nos conocemos pero ya ves, ¿qué tal tú?, no sé quién me dijo que tenías un niño y todo...

-Dos...los dos niños y muy seguidos, menudo cambio de vida, ya lo verás, es como...

-Por cierto, que no te he preguntado, ¿Cómo tú por aquí?, no se te suele ver demasiado por la capital ¿no?

-Tengo que ir a las once a ese edificio a ayudarles a instalar unas aplicaciones, espero que no sea muy complicado y me pueda ir pronto, ya sabes que a mí esto, la capital, nunca me ha acabado de gustar...

-Sí, la verdad es que lo comentabas muy a menudo, bueno, ¿y qué tal todo, la vida, el curro... no sé?

-Bien, normal, sin demasiados altibajos ni grandes planes, creo que con dos hijos ya es bastante je, je...

-A mí también me gustaría tener alguno, no te creas, y ya se me va acabando el tiempo... he estado cuatro años con un compañero del trabajo y antes más de siete años con otro tío pero siempre lo hemos dejado antes de ni siquiera plantearnos tener un hijo...

-Aún hay tiempo y...perdona Teresa, pero me tengo que ir ya...

-Oye, toma mi teléfono por si algún día te acercas por aquí otra vez, a ver si nos podemos tomar un cafetillo con tranquilidad eh...

Imanol pasó con los clientes más tiempo del esperado y llamó a casa para que no le esperaran hasta la hora de la cena. El viaje de vuelta ya no fue tranquilo. En su cabeza empezó a darle vueltas a todas las cifras que Teresa había dado en su pequeña conversación. Cuatro mas siete mas uno era siempre más que el tiempo que había pasado desde que lo dejaron. Incluso intentando redondear con otros números no había forma de cuadrar las fechas de otra manera, tres mas seis mas uno, cuatro mas seis mas uno... Ninguna de las sumas le llevaba a otro resultado. Llego a casa justo para la hora de cenar y apenas abrió la boca en toda la noche. A la hora de acostarse espero a que su mujer se durmiera para poder permanecer con los ojos abiertos mirando al techo. Sintiendo cómo le dolía el corazón. Sintiendo como le ahogaba la rabia. Quizá algún día tendría que volver a trabajar a la capital y entonces sí, entonces sí habría que hacer o decir algo.

Dos en uno

Roberto González

Tú ya conoces este lugar. Es hielo y silencio. El lugar más inhóspito de la tierra. Estuviste hace mucho tiempo, mucho tiempo. Ahora vuelves a buscarles, a buscarte, a intentar desembarazarte de mí, que soy tu hermano, tu amigo y tu mirada contempla abismada esas aguas profundas de más de 4.000 metros que se baten a los pies del frene glaciar de Eqalurissit, con paredes de más 100 metros de altura. Manejas el timón y contemplas aturdido esos icebergs que son el sueño perdido de la tierra. Crujen sus entrañas infinitas y el silencio se hace más inmenso. Dos mil kilómetros de la nada, sólo el encuentro casual de témpanos a la deriva en un mar de aguas gélidas y abismales, donde la calma te arrebató y te conduce a la locura. Pero yo estoy aquí, a tu lado, siempre a tu lado.

Ellos estuvieron aquí muchas veces. Pasando el estrecho de Strojom, muy cerca del glaciar Qooroq, el mar forma un amplio estuario y allí fondeó el crucero. Tu hijo, Sebastian se habían colocado uno gorro rojo y tiritaba y reía al asomarse a cubierta. Tu mujer Erin se colocó a su lado. Recuerdas la foto porque contrastaba su gorro blanco de zorro ártico con el de Sebastian. Tomaste la instantánea que durante mucho tiempo estuvo en la estantería del comedor. Lucía ese día un sol tenue y engañoso. Se arriaron unos botes y los guías os llevaron a esa tierra helada y esquilada de vegetación. En la travesía contemplasteis manadas de focas y morsas y apurasteis bocanadas de ese aire puro, ese mar infinito, y se grabó para siempre en vuestro ADN el virus por los espacios abiertos, por el cielo inmenso. Fue el equinoccio de vuestra felicidad.

La habías conocido en Copenhague, en unos estudios de postgrado de biología marina. Era pequeña y exótica y su rostro rasgado recordaba la sonrisa de una foca juguetona. Aunque nunca te llamaron los climas extremos, sus ojos de inuit te condujeron al lugar donde el tiempo se detiene, donde los días y noches son eternos, donde se miden las distancias en sinik, que en su lengua significa sueños, porque las yardas que separan dos puntos se acortan o alargan al azar de cada nube que pasa y por eso el inuit no piensa más allá del camino, y sabe que las distancias, como el amor, son un sendero hollado que cubre la primera nevada.

Una beca para el estudio del impacto del cambio climático en los glaciares milenarios os mantuvo reclusos y dichosos en el último confín de la tierra. La felicidad era nada: el horizonte infinito, la aurora perenne.

Pero pudo más la búsqueda de un empleo y regresasteis a tu Ferrol natal para trabajar en la ría fértil de toda la vida, para que la investigación proporcionara a la acuicultura nuevas especies con que alternar doradas y lubinas.

Y todo, como un efecto dominó, fue llegando. El coche, el chalet, el matrimonio, tu primer hijo Sebastian, los viajes periódicos a la tierra virgen de tu mujer Erin, sólo con ella primero y acompañados de tu hijo después, y la plenitud. Sí, la plenitud, porque la vida era como el sol tibio que calienta los huesos en una mañana ufana. Pero tú sabías que ya no era

así. A los pocos días de nacer Sebastian tú lo presentiste, yo ya estaba allí. En las noches de llanto infantil, de cólicos nocturnos y paseos de consuelo, cuando con primor acunabas a Sebastian entre tus brazos, te acercabas a la ventana y te asaltaban esas ideas execrables y te alejabas espantado del resplandor de la farola y entonces le apretabas aún más entre tus brazos porque el niño era tu respiración, tu aliento, y te faltaba el aire al considerar que no podrías seguir viviendo si eso ocurriera: tu hijo estampado desde la altura en el baldosín frío, unos segundos y todo habría acabado. Era ominoso, abominable,.. Y te fascinaba. Te sentías hechizado y te decías ¿y por que no? ¿Qué pasaría después? Los pensamientos te revolvió el estómago, te provocaban sudores y no querías confesárselo a tu mujer. Sospechabas que quizá nunca volvieras a ser normal. Delatarte implicaba no ver cómo ahora a tu hijo. Sentir como se reía, como iba creciendo a cada momento ese apéndice, esa parte de ti. El atisbo del derrumbe te condujo a un psiquiatra y a un tratamiento de choque y a unas pastillas milagrosas, que fueron como un placebo de vida. Cuando dos años después nació Ikianore, que significa en esquimal más allá del viento, todo volvió a comenzar. El tratamiento prolongado había adulterado tu cuerpo y la terapia se derrumbaba como un talud arenoso. Veías un cuchillo y sentías que frágil era su cuello de algodón. Un gesto sutil, como el corte fino de una loncha de jamón y brotaría, como en un corte ocasional, esa sangre sin freno y esa brisa fresca que significaba su nombre se detendría en un suspiro. El instante fugaz te horrorizaba y te evocaba el origen del mundo, la nada. Un segundo y todo cambiaría para siempre, si, para siempre, sin que nada ni nadie pudiera variarlo. Ya nunca se podría volver atrás. El tiempo para Ikianore se detendría eternamente. Y sentir que hasta podría ser algo impune, una mano en su boca de muñeca y ni siquiera sentiría el temblor de su mandíbula en busca de aliento. La muerte súbita del lactante era una excusa y una ocasión. Y mejor realizarlo con las rutinas diarias y con la presencia cercana de tu mujer y de tu hijo. Fuiste a su habitación a comprobar si ya se había despertado, tu mujer había decorado la pared con margaritas y planetas y un pequeño aviador, y allí tu hija, con sus ojos atónitos buscaba un movimiento, un contraste donde dirigir su mirada y apoyaste tu palma en su boca. El esbozo de su llanto se diluyó en la concavidad de tu mano y sus ojos se contrajeron más y más, y entonces de repente la soltaste, la zarandeaste para que sus miembros de juguete reaccionasen y en esos segundos tu corazón aporreaba tu pecho como un tambor. Y escuchaste, al fin, su llanto desgarrado, y la cogiste y la besaste como si acabara de salir del útero y lloraste, y reíste, y por fin confesaste a tu mujer que nunca estabas sólo, que siempre alguien más te acompañaba, y fue cómo soltar una losa de mil kilos, pero tus presagios se hicieron realidad, y acabaste internado para salvaguardarte de ti, de mi. Y allí eras feliz, y confiabas en el futuro, pero los días pasaban y los médicos no te consideraban fiable y te mantenían enclaustrado y tu mujer te visitaba e inquiría a los doctores y éstos siempre le decían que el tratamiento era largo y había que esperar, y ella no quería traer a tu hijo Sebastián porque no quería que te viese en ese estado, y a tu hija la veías tras una urna de cristal blindada, y no podía abrazarla, y diez semanas después, aprovechando un descuido de un enfermero, te escapaste y fuiste hacia el pazo familiar y en el trayecto tu pensamiento se hacía cálido al sentir el inminente abrazo de tus hijos, y al llegar a la valla que rodeaba la casa, la saltaste, y justo antes de entrar, sin saber por qué, cogiste unas tijeras enormes de podar que había en el jardín y al dirigirte hacia la puerta principal, a través de un cristal y a la luz que este proyectaba en el exterior, te vio tu mujer, y sus manos soltaron un biberón que llevaba en las manos y se le escapó un grito.

Y yo, que soy más que tu amigo, más que tu hermano, te digo que todo ha concluido, que éste es un viaje errático hacia la nada, que toda esa actividad y desenfreno que desarrollaste para recuperar tu pasaporte y conseguir un billete para Narsarsuaq no es un más que otro espejismo morboso de tu imaginación, de tu enfermedad disociativa. Sé que me culpas y nunca me perdonarás, que en los pliegues de tu piel guardas el dolor infinito de la pérdida, pero recuerda que tu eres yo y yo soy tu, hoy, ayer y siempre, y justo ahora que sé que me arrastras al abismo, has de saber que te acompañaré sin dudar, que recorreremos esos cuatro mil metros que te separan, que nos separan, de tu mujer y de tus hijos, en estas glaciales aguas donde para toda la eternidad reposan ellos junto a 385 almas más, al naufragar el ferry que las conducía de Reykiavik a Nasrassuaq, huyendo de ti, huyendo de mi.

El Argicolopéleco

Enrique Romero

Me faltaba sólo un cromó para acabar la colección animales salvajes y misteriosos. Era el Argicolopéleco, un extraño pez abisal de la última página del álbum. Ahora creo que debía de tratarse de un animal inventado por el dibujante ya que nunca más en mi vida he vuelto a oír referencia alguna respecto al mismo.

Pero en ese momento no me importaba su existencia real. Lo único relevante para mí era que tenía que conseguirlo. En mi mente de doce años estaba grabado su extraño nombre mientras, en tensión absoluta, miraba ávidamente los cromos que iban pasando mis compañeros del cole ante mis ojos deslizados a gran velocidad por un rápido y repetitivo movimiento del dedo pulgar, humedecido de cuando en cuando con un casi imperceptible toque en la lengua, todo ello al compás de la consabida letanía: "tengo, tengo, tengo, tengo, tengo..."

Había que estar muy atento para que no se te pasaran los cromos que no tenías, y cuando alguno de estos aparecía no demostrar excesiva ansiedad al decir: "¡No lo tengo!", pues ello conllevaba inexorablemente una inmediata subida de la cotización del citado cromó. Éramos negociadores implacables y duros. En principio cada uno se cambiaba por otro salvo que su poseedor vislumbrara la posibilidad de sacarte un mejor trueque y obligarte a pagar cinco, diez, o veinte de los tuyos por el suyo si descubría que era el último que te faltaba para completar el álbum. Por eso era importante ser fríos y no expresar emociones, como los buenos jugadores de póker, para no dejar en evidencia nuestro juego.

Si a esto añadimos que había algunos cromos que eran considerados pública y objetivamente como difíciles porque las editoriales se encargaban de sacar menos unidades para que nos fuera más difícil acabar las colecciones y tuviéramos que comprar muchos más sobres, no es de extrañar que la cotización de esos cromos subiera de tal forma que en ocasiones no bastaba con un simple trueque por un número más o menos abultado de tus repes, sobre todo porque esto solía ocurrir cuando ya casi todos estábamos a punto de acabar las colecciones y los repes empezaban a tener poco valor puesto que ya los teníamos casi todos. Entonces se te pedían a cambio del tan preciado cromó otras cosas de tu modesto patrimonio: Canicas, chapas, peonzas, yo-yós, el bocadillo que traías de casa o directamente el dinero contante y sonante de tu propia paga. Incluso había ocasiones en que debías realizar a cambio alguna prestación de servicios como hacerle al otro los deberes o llevarle la cartera, o incluso servicios deshonorosos o ilegales como ser esclavo suyo durante un día u otros que omitiré por decoro, pero pueden ustedes pensar mal y acertarán, pues es pública y notoria la extrema crueldad a la que pueden llegar los caprichos de un niño ebrio de poder.

Resultó que un chaval bastante odioso, al que apodábamos el orejas, tenía mi último cromó. El Argicolopéleco. En cuanto lo vi pasar y dije "¡no lo tengo!" me di cuenta de que él había notado como mi corazón botaba dentro de mi pecho. ¡Estaba perdido!

-Pues este no lo cambio- Me dijo con una sonrisa siniestra- es que me gusta mucho.

Quise contenerme, fingir desinterés como un buen negociador, pero la ansiedad me pudo, y antes de darme cuenta estaba ofreciendo todo mi mazo de repes, lo cual evidenciaba que era mi último cromo y por él estaba dispuesto a quemar mis naves.

-¿Y para qué quiero yo tus cromos, si los tengo todos repes?- Me contestó con sorna.

En aquel momento hubiera querido tener un revólver y poniéndoselo en la cabeza haberle obligado a entregármelo. Pero aunque aquello era el salvaje oeste yo iba desarmado.

En los días siguientes fui aumentando mi puja, incluso llegué a ofrecerle una revista extranjera, que, aunque no tenía, pensaba que podría conseguir rebuscando en el cajón secreto de mi hermano mayor, donde salían mujeres con las domingas al aire. Pero pinché en hueso, al parecer al parecer al orejas no le iban las tías.

En lugar de eso me hizo una oferta que no pude aceptar.

-Si quieres el putito Argicolopéleco tendrás que quemarle el coche al profe de mates.

-Pero chaval, tú estás de la olla.- Contesté enfadado.

-Pues esa es mi oferta. Lo tomas o lo dejas.-Me contestó en tono chulesco.

En vista del cariz que había tomado el asunto, a última hora de la tarde rompí mi hucha y me fui a la papelería del Pirulo. Era el último recurso, casi una traición a mi orgullo de coleccionista y además una sangría enorme para mis ahorros, pero no veía otra forma de acabar con todo aquello. Estaba dispuesto a comprar el cromo al precio que me pidieran, y sabía que sería mucho. Sin embargo, para mi desgracia no lo tenían. Era el único cromo de la colección que Pirulo, el rey de los cromos, no tenía.

-Lo siento- me dijo el hombre compungido y dolido en su amor propio- me quedaba uno pero se lo ha llevado un chico no hace mucho rato.

-¿No sería uno con orejas de soplillo, verdad?

-Pues sí, el pobre tenía unas buenas orejas, ya lo creo.-Me contestó riendo.

Aquello era jugar sucio. El orejas había roto hostilidades y estaba acorralándome. A partir de este momento vale todo, pensé. ¡En la guerra como en la guerra!

Me fui derecho hacia su casa. No tenía planes, pero ya pensaría algo. Iba decidido a todo. Y ya ves, la vida te da sorpresas, llegando a su portal veo en el suelo pisado, arrugado y lleno de barro el cromo del Argicolopéleco. No podía creerlo. Lo cogí como quien coge una reliquia sagrada. Lo limpié con cuidado. Lo planché y, con tanto ceremonial como Neil Armstrong poniendo su pie en la Luna, pegué el cromo en su hueco del álbum.

Lo curioso del caso es que a la mañana siguiente, cuando me acerqué todo sonriente al Orejas a decirle que se metiera su cromo por el culo, que ya no lo necesitaba, se giró y me miró con un deje de admiración, y disimuladamente, como quien te pasa una papelina, me dio un sobrecito de la papelería del Pirulo dentro del cual estaba todo nuevito otro ejemplar del dichoso cromo.

-Joder macho- Me dijo- el sábado, al enterarme de que lo habías hecho, me di cuenta de que había perdido el cromo y me tuve que ir a Pirulo a comprar otro. Menos mal que les quedaba uno. Toma, yo siempre cumplo mi palabra.

A partir de ese momento en el colegio se me tuvo un respeto, y nunca nadie volvió a pegarme. Sobre todo los profesores. Y eso que no tuve nada que ver con que el carburador del Simca del profe de mates hubiera entrado en combustión espontánea el viernes a media tarde dejando el pobre coche completamente calcinado.

Que muero porque no muero

Carmen Martí

Uno, dos, tres, gris clarito; uno, dos, gris oscuro. Maldito suelo gris de este hospital... Bastante gris es ya la espera, la angustia. Cinco losas de ancho y 25 losas de largo. Me parece interminable llegar hasta el fondo del pasillo, lejos de ese cristal que me separa de ti. ¡Ha sido tan inesperado! No corren la cortina, no me dejan verte para que no me impresionen los tubos que escudriñan tu cuerpo vena a vena. Yo podría contarles lo que buscan. Tu cuerpo tuyo-mío lo conoce mi cuerpo, mío-tuyo poro a poro, latido a latido. Yo tengo tu calor de piel, sé cómo acarician tus largos dedos, cuánto abarcan tus brazos envolviendo mi cuerpo. Pero este desorden insólito en nuestra vida no lo sé resolver. ¡Infarto! ¡Qué pedante palabra! Camino ¿hacia dónde? Seis, siete, nueve. Números estúpidos ¿por qué cuento? Me laten las sienas. Tengo que detener este latido. La muerte quiere invadirnos pero yo estoy fuerte y voy a luchar por los dos.

El corazón nos galopa locamente a pesar de los años. ¡Calmarlo! ¡Ayudarlo! Sólo no lo conseguirás. Parar la razón desorbitada que huye de mi cabeza. Veintiuno, veintidós... otra vez contando. El dolor es tal que ni volcándolo en la escritura me sería de consuelo.

¿Piensas en mí? Y ¿en quién si no? Nos ahoga el dolor, nos falta el aire. El dolor necesita TIEMPO para ocuparlo TODO, y necesita ESPACIO para inundarlo TODO. ¡TODO es sólo dolor!

“¡Danos tiempo Señor...” Pero si nosotros no sabemos rezar. Sólo hemos aprendido a amarnos. ¿Y si te me mueres? ¿Me muero yo también? “Me muero porque no muero”... ¿Lograría la muerte lo que no logró la vida, separarnos? Desligarnos. También acabaría con esta espera atroz. ¡No vamos a morir! Pese a lo que digan los de la bata blanca que se arrogan el derecho sobre la vida humana, ¡No vamos a morir! Pido que corran las cortinas de la UVI. ¡Lo exijo! Lo consigo. Aprieto mi frente contra el cristal, y mis mejillas, una, otra, y la parte de mi cuerpo que llega a la ventana. Ahí estás, mi amor, tendido en la camilla, lleno de tubos escrutadores. ¡Siente mi presencia! El latido de mis sienas, de mi corazón despertarán el perezoso latir, parte vaga de tu corazón mío, que quiere abandonar la partida.

La curva del monitor se aplanan ¡¡NO!! ¡Me muero si no me muero contigo!

“Tiempo Señor para decirnos lo que a veces callamos, para seguir amándonos como nos prometimos, hasta la muerte, juntos”

¡Vuelve a puntear la gráfica del electro en el monitor! ¡Me oyes! ¡Sabes que estoy aquí! ¡Mirándote! Con mi cuerpo y mis manos pegados al cristal que ya entibiece con mi calor tuyo. Siento una punzada en el brazo, en el pecho. No importa si tú no lo sientes. Te alzo en mis brazos, liviano como un beso. Ralentiza la aguja del monitor. ¡Mis puños aporrean el cristal! ¡Me grita una enfermera!

“¡Danos tiempo Señor!” Tiempo... esa pequeña cosa sin medida, ese mínimo espacio de un reloj...

No rezamos, ¡pedimos!, ¡exigimos! lo que pueda privarnos de esta muerte tenaz. Si ni siquiera el amor logra vencerla, yo no quiero vivir una vida amputada de tu voz, tu mirar, tus caricias. Moriré por ti si no me rechaza la muerte.

“Que muero porque no muero...”

¿Qué es el Club de escritores de relato breve de la Biblioteca Rafael Alberti?

Es un grupo heterogéneo de gentes del barrio, muchos de los cuáles empezamos leyendo y escribiendo relatos en los talleres de esta biblioteca. Hará tres años, con mucho atrevimiento y mucha ilusión, iniciamos la andadura de este Club.

¿Cómo funciona?

Nos reunimos en el salón de actos de la biblioteca, leemos los relatos que cada uno ha realizado, comentamos los distintos trabajos entre todos para intentar mejorar y proponemos temas o ejercicios para la sesión siguiente.

Cada uno se expresa como puede y como quiere con toda libertad: con un poema, un romance, un cuento infantil, una narración... Todos los temas sugeridos parten de una realidad actual o lejana revestida por la imaginación de un escritor que la hace suya.

Hay entre los participantes jóvenes y menos jóvenes, escritores en ciernes y otros que, de manera muy personal, dicen todo lo que quieren decir sin ningún prejuicio dentro del respeto a los demás. La magia de este Club es que nos lo pasamos bien, nos estimulamos unos a otros y seguimos mejorando nuestra escritura mientras nos lleva a lugares poéticos lejanos, a sitios inolvidables de la infancia o del amor en los que todos confluyamos con las neuronas del corazón o a algún personaje histórico, literario o mítico recreado por nuestra imaginación.

Os animamos a asistir a nuestras sesiones y a participar si os apetece, con toda libertad. No hay límite de edad ni prohibición de creencias. Sólo pedimos respeto, pluma, papel, imaginación y entusiasmo.



Dejemos volar la fantasía

club de escritores de relato breve

Biblioteca Pública Rafael Alberti
c/ Sangenjo, 38, 28034 Madrid Tfno. 91 731 95 52

contacto

relatopia@yahoo.es

web

www.relatopia.com

facebook

www.facebook.com/relatopia